

Universidad Nacional Autónoma de México

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES



*"PROGRAMA UNIVERSITARIO DE
ESTUDIOS DE GENERO" - U.N.A.M.*

B I O G R A F I A

(ENSAYO - REPORTAJE)

TESIS PROFESIONAL

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADA EN CIENCIAS DE LA COMUNICACION
P R E S E N T A

HORTENSIA MORENO ESPARZA

México, D. F.

1979



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Para Ana Esther,
para Ivonne Mijares
y para Salvador Mendiola

Hace falta agradecer:

primero: la participación de quienes hablaron;

segundo: la asesoría de Gustavo Sainz;

tercero: las discusiones con Adriana Guadarrama (claridad, inteligencia, sentido del humor);

cuarto: la crítica de Salvador Mendiola (sin concesiones, desde una sorprendente comprensión del asunto).

PROLOGO

Mis amigas leen a Virginia Woolf.

Viven en departamentos cómodos, alfombrados, llenos de plantas. Trabajan y pagan la renta.

(Aunque a veces se quedan sin trabajo...)

Escriben poemas y cuentos.

Hablan.

Mis amigas son snoobs. Son terriblemente pedantes. Universitarias, cinéfilas, coleccionistas de objetos. Acomodan los libros en el lugar más hermoso de la casa, junto al escritorio y la máquina de escribir. Organizan reuniones, conocen a los intelectuales en persona y les hablan de tú.

Mis amigas visitan a sus mamás: comen con ellas una o dos veces a la semana.

Mis amigas viajan a Europa.

(Aunque a veces llegan hasta Israel...)

Mis amigas se cuidan el pelo, visten bien, usan perfume.

Toman vino blanco y fuman marihuana.

Se casan y se divorcian.

Usan anticonceptivos.

Limpian la casa, van al súper.

Mis amigas quieren vivir en pareja.

(Aunque...)

Una tarde hace tres años, cuando trabajaba (yo) en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, mi hermana me llamó por teléfono para darme una noticia: una de mis amigas de la secundaria (tenía el cabello pintado de rubio, una hija, una separación, un trabajo de cantante de segunda categoría) estaba muerta. Se había suicidado con barbitúricos.

Mis amigas, las universitarias, también piensan en la muerte.

Cuando escribí este trabajo quería escribir sobre mis amigas (escribir sobre ellas era una forma de hacerlo sobre mí misma). Como acababa de leer a Simone de Beauvoir y a Kate Millet, tenía dos o tres ideas claras en la cabeza. Entonces me pareció más importante realizar una investigación seria que escribir, simplemente, sobre mis amigas. Una tesis profesional con una bibliografía muy extensa, con método, con validez. En BIOGRAFIA quise encontrar respuestas, interpretar el mundo. Iba a ser un ensayo-reportaje revelador, conclusivo, sólido.

Pero la vida de mis amigas no cabe en conceptos como "OPRESION", "MARGINALIDAD" O "LIBERACION". Y no sé cómo justificarla como tema de una TESIS PROFESIONAL.

Lo único que quería, realmente, era escribir sobre ellas (sobre mí); contar su (mi) historia; retratar su (mi) posición ante la vida, su (mi) visión del mundo. No quería hablar sobre "LA MUJER", sino sobre mis amigas, que son mujeres, que son las mujeres que yo conozco.

El afán por llegar a soluciones válidas para todo el mundo dirigió la redacción de este texto. Pero las soluciones se quedan en afirmaciones vagas, generalizaciones arbitrarias y "carencia de metodología rigurosa".

BIOGRAFIA es un texto legible, pero incompleto; cuando pretende mantener una distancia crítica se vuelve despersonalizado; y cuando quiere ser conclusivo se atasca en el subjetivismo de una autora que, sin querer comprometerse a fondo, está demasiado involucrada porque resulta que BIOGRAFIA, a pesar de las pretensiones "científicas", relata su propia historia.

Entonces ¿cómo relacionar el vino blanco, la renta y el método? ¿Cómo explicar los intentos de suicidio como "fenómenos sociales"? ¿Cómo alejarme de la primera persona del singular?

Mis amigas (Y yo) necesitamos un nuevo lenguaje.

(Aunque aún no hemos sido capaces de producirlo...)

Porque hablamos como escribimos; con faltas de ortografía.

Mis amigas platican conmigo en los cafés, en las fiestas; hablamos de nuestra ineptitud para aplicar nuestros conocimientos a nuestra vida. Hablamos desde la incertidumbre.

Vivimos en una forma diferente de la que vivieron nuestras madres; pero seguimos moviéndonos en sus mitos.

No tenemos modelos ni identidad.

Solamente dudas.

Necesitamos una historia y la capacidad de interpretarla.

Eso es lo que no consigo en BIOGRAFIA.

Como texto, BIOGRAFIA es una proposición que pudo haber sido llevada hasta sus últimas consecuencias (periodísticas o literarias), pero se queda a la mitad del camino.

Como tesis profesional, BIOGRAFIA "reúne los requisitos mínimos para el examen profesional" y merece "que se describan y discutan tanto (sus) logros como (sus) deficiencias".

Como experiencia, BIOGRAFIA no puede dar respuestas.

(Mis amigas y yo estamos aprendiendo a cometer errores.)

Espero de mis amigas que escriban sus propias historias.

De mis amigas, las que leen a Virginia Woolf.

Olivar de los Padres, 25 de junio de 1979.

B I O G R A F I A

(ensayo-reportaje)

CONTENIDO

Introducción	pg. 3
Formación	pg. 14
Metamorfosis	pg. 46
Del Amor	pg. 79
Las Historias de Amor	pg. 91
Conclusiones	pg. 117
Bibliografía	pg. 128

INTRODUCCION

"Los veinte primeros años de la vida femenina son de extraordinaria riqueza; la mujer atraviesa las experiencias de la menstruación, la sexualidad, el matrimonio y la maternidad, y descubre el mundo y su destino. Dueña de casa a los veinte años, unida para siempre a un hombre y con un hijo entre los brazos, he aquí que su vida ha terminado definitivamente."

Simone de Beauvoir
El Segundo Sexo, tomo II, pg. 255

La idea de este trabajo surgió, por un lado, a partir de la lectura de El Segundo Sexo. Este libro apareció en 1949 y me pareció interesante tratar de entender en qué forma había sido asimilada la emancipación femenina en mi país.

Además, mi experiencia cotidiana me ha proporcionado bastantes datos; un simple vistazo basta a un observador regular para darse cuenta de la tradición patriarcal que priva aún ahora, después de más de un siglo de haberse iniciado oficialmente la lucha feminista.

Toda la cultura popular que había tenido que ver con mi educación está claramente marcada por una ideología muy específica. Desde las canciones de Lara hasta los cuentos de hadas, pasando por Hollywood y las tele y fotonovelas; las conversaciones adultas, las costumbres y tradiciones, los hábitos familiares, las palabras, en fin, todo el ambiente que me rodea tiene un alto con-

tenido de actitudes fácilmente definibles: nací, fui educada, vivo dentro de una sociedad sexista.

Pero esta situación no parecía preocupar a las mujeres que yo conocí en mi infancia. Mi madre, mis tías, las mamás de mis amigas, demasiado ocupadas detrás de los platos sucios y nuestros requerimientos, aceptaban su responsabilidad social de servidumbre como un destino incuestionable y nos instruían a nosotras, sus hijas, en las artes de la domesticidad, la paciencia, el pudor; nos preparaban a repetir su papel y a perpetuar su opresión.

Las maestras que me enseñaron a leer, convencidas de una moral estricta, cuidaban muy bien de que las niñas nos mantuviéramos apartadas de los varones, y preferían que estuviésemos bien sentadas en nuestro lugar, el uniforme limpio y el cabello recogido, aunque no aprendiéramos bien la lección. Hablaban de buenos modales y tenían una idea muy clara acerca de lo que una señorita debía pensar, hacer, decir y aparentar.

A unas lavando pisos, a otras calificando tareas, yo creo que se les fue el tiempo. Era muy explicable su desconexión del mundo de las ideas.

Quedaban ante mí las niñas y muchachas y las que ahora estaban siendo mujeres conmigo: las que habían nacido después de 1950. ¿Qué pasa con las mujeres de mi generación?

De mis compañeras de primaria y secundaria no sé gran cosa. Algunas se casaron muy jóvenes. Seguramente, la mayoría de ellas ya tiene hijos. Hay quienes ya hasta se divorciaron.

En cambio, conozco mujeres de mi edad que terminaron una carrera universitaria, que están trabajando; este hecho tiene

una serie de implicaciones: de la época en que, como decía Virginia Woolf (*), una mujer no podía ni siquiera pisar el césped de las escuelas de educación superior (Londres, 1928), a este momento, hay una gran distancia. Es palpable la actitud de aceptación de los padres a las mujeres que actualmente hacen una carrera.

De todas maneras, había que llegar más al fondo de las simples apariencias; junto con un fuerte movimiento de opinión --secuela, tal vez, del Año Internacional de la Mujer-- en el sentido de que la emancipación de la mujer era un hecho a todos los niveles, existen circunstancias que no pueden sino despertar serias dudas al respecto. Suponer que la mujer ha llegado a liberarse implicaría una ingenuidad y una ceguera enormes. Afirmar que su opresión no existe en realidad, conlleva una asimilación a los mitos del "eterno femenino".

Por un lado, una situación social no involucra únicamente el sexo de una persona. Es obvio que las diferencias económicas entre las clases sociales matizan la situación de la mujer, según el estrato al cual pertenezca.

Pienso que la opresión es palpable, cotidiana, tan real que suele perderse en medio del bombardeo informativo que recibimos diariamente. La ignorancia, el servilismo, la explotación, la violencia solapada y la implícita, la represión, la estupidez, el infantilismo en los que se ve sumida la mujer no son coinciden-

*Woolf, Virginia: Una habitación propia; ed. Seix Barral, Barcelona, 1967, trad. Laura Pujol.

cias, excepciones o casos aislados.

Sin embargo, era necesario observar cómo se ha modificado la mentalidad de las mujeres; y hacerlo precisamente a través de quienes han tenido las condiciones materiales para desarrollarse de una manera semejante a la del hombre. ¿Qué posibilidades les quedaban como individuos pertenecientes a una sociedad determinada?

Las mujeres de mi generación que terminaron una carrera universitaria, tienen una alternativa muy clara: aceptar su papel, el rol impuesto socialmente, o negarlo. Por esta segunda opción es que comenzó a tomar forma y a concretarse la idea original: se trataba de investigar cómo piensan, viven, actúan y se relacionan estas mujeres.

Desde el principio rechacé la idea de realizar una encuesta; para mi objetivo, una serie de preguntas aplicadas a un gran número de personas podría significar una recopilación de datos más o menos concretos y más o menos exactos, pero mi interés iba un poco más allá de la reducción a números, por mucho que éstos puedan ser analizados o interpretados.

Lo que me propuse conseguir es un testimonio directo y auténtico de la experiencia personal, al cual se le podía dar un valor de dato o prueba si conseguía relacionarlo con los análisis e interpretaciones de especialistas en el tema. De esta manera, lo que importaba no era la cantidad de voces que interviniesen en el trabajo, sino su capacidad para sonar por sí mismas.

De la misma forma en que no hace falta decir que las mujeres se visten todas de manera parecida, y describiendo la apariencia de una de ellas en una época determinada puede inferirse que las demás han quedado descritas, es posible afirmar que hay grandes semejanzas en la forma de educar a las personas en determinado medio y formación social; y explicando la de unos cuantos casos, se obtiene una visión general de lo que ocurre en la mayoría.

Para conseguir este testimonio, consideré que hacer entrevistas cuyo hilo conductor fuera la historia personal de las entrevistadas sería lo adecuado: se trataba de que ellas hablaran de su infancia, su familia, su educación, sus escuelas, sus novios; en fin, grabar todo lo que supieran de sí mismas. Esto significaba una forma de reivindicar su derecho de autointerpretarse y autodefinirse.

Al llegar a este punto, tuve que realizar la más importante de las delimitaciones: ¿a quiénes iba a entrevistar? Decidí reducir mi muestra a mis compañeras de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales por dos razones: la mayoría de ellas pertenece a un estrato social específico; la clase media; este origen les había proporcionado las condiciones económicas necesarias para estudiar; entrevistándolas podía encontrar elementos que ayudaran a definir muchas de las particularidades que caracterizan a este grupo social; además, quería entender qué pasaba cuando esas mujeres, educadas como sus semejantes, ingresaban a un medio tan peculiar y reducido como es el ámbito de la escuela superior, y en especial, el de esta facultad.

Aunque el propósito de conseguir que mis compañeras habla-

ran me pareció en un principio difícilmente alcanzable, pronto me di cuenta de uno de los factores que harían más factible mi investigación: además de las conversaciones sostenidas por teléfono, en las bancas de los patios o durante las clases aburridas, ellas eran capaces de entablar una detallada crónica de lo que había sido y era su vida. Es más: no sólo estaban dispuestas a hablar, sino que en la mayoría de los casos estaban ansiosas por hacerlo, aún con la grabadora entre nosotras, con una enorme necesidad de darse a conocer, de expresar sus opiniones, de manifestarse.

Hubo un segundo descubrimiento al realizar las entrevistas: todas mis compañeras hablaban de lo mismo; no hacían sino una cosa: contar una historia. Y esa historia era la misma en todas. Así que me di cuenta que mis entrevistadas, aunque tenían muchas ganas de hablar, no tenían muchas cosas que decir. Los relatos no eran originales. Las coincidencias eran notables y tan frecuentes que llegué un momento en que pensé que se podía realizar un montaje de todas las entrevistas: mezclar, diluir todas las historias en una sola de manera que la forma final de mi trabajo pareciera contener sólo una: una sola historia: una biografía. El problema de la mujer puede resumirse en pocas palabras, y no es uno para cada una, sino uno que comparten todas. Y aún estos testimonios que no salían de un hogar cerrado o una desdichada relación de pareja, cumplían lo que había propuesto hace más de cien años John Stuart Mill(*): "el conocimiento que el hombre ha podido adqui-

*Mill, John Stuart y Harriet Taylor Mill: Ensayos sobre la igualdad sexual, ed. Península, Barcelona, 1973, trad. Pere Casanelles.

rir de la mujer, aunque no se trate más que de lo que han sido o son hasta ahora, sin tener en cuenta lo que podrían ser, es, por desgracia, imperfecto y superficial, y siempre lo será, hasta que las mismas mujeres hayan dicho todo lo que tienen que decir".

La limitación a que aludo no es más que un reflejo de la situación de la mujer: habla de lo que ha vivido, pero no ha vivido mucho.

Para la organización del material, me documenté en textos que me proporcionaron cierta capacidad de interpretación y orden. Este tema ha sido, a últimas fechas, bastante difundido, pero la mayor parte de los libros publicados proceden de Estados Unidos y Europa; hay poca bibliografía al respecto en América Latina. De cualquier forma, los estudios más serios que se han realizado pueden aplicarse sin grandes diferencias a México.

La primera parte (FORMACION) corresponde a la etapa familiar y al ingreso a la escuela tradicional; está ordenada a partir de lo que podría ser una cronología, pero hay una gran flexibilidad. El texto de las entrevistas está marginado y las citas textuales entre comillas. El relato corresponde a la infancia y adolescencia, la relación con los padres, la primera salida a una realidad externa a la vida familiar; o sea, la escuela; el tipo de información y educación sexual que se proporciona en un hogar de clase media; las actividades femeninas, el trabajo doméstico; y la función de la madre como modelo y antimodelo. El testimonio de las entrevistas representa un punto de vista, por

lo tanto es parcial y subjetivo; y precisamente es en esa falta de objetividad donde reside el interés que puede suscitar: las apreciaciones acerca de las primeras etapas de la vida reflejan claramente la influencia decisiva del medio familiar sobre sus miembros.

La segunda parte (METAMORFOSIS) es la tentativa por interpretar la relación que guarda esa primera etapa formativa con un momento en que se pretende romper con el pasado e inaugurar una nueva forma de ser. Comienza con la entrada a la Universidad y sus implicaciones familiares, los cambios aparentes y los profundos que suceden a partir de esa entrada, la fuerza de la influencia familiar contra la fuerza de la influencia actualizada de compañeros y maestros de la escuela; el conflicto que supone un nuevo compromiso con el mundo, diferente del que por herencia había sido destinado a las mujeres. El texto de las entrevistas (marginado) refleja, otra vez, una visión particular y subjetiva, pero condicionada por un medio y por un pasado muy específicos.

El trabajo pretende responder a las preguntas de si las mujeres de mi generación encontraron una identidad de su talla dentro de la facultad; si después de cinco años en una facultad (que refleja los esquemas de la sociedad patriarcal) han adquirido las armas suficientes para desenvolverse con éxito en las tareas que se propongan; si están preparadas intelectual, emocional, políticamente, para realizarse como individuos autónomos.

John Stuart Mill creía que "si las mujeres tuvieran la libertad para hacer cualquier otra cosa, si se les dejara la posibilidad de otras formas de vivir o de ocupar su tiempo y sus fa-

cultades, tales que pudieran parecerles deseables, no habría muchas que estuvieran dispuestas a aceptar la condición que llaman "natural" (*). La segunda parte concluye en el momento de la definición: asumir o negar el pasado; aceptar o rechazar un papel impuesto.

La tercera parte (DEL AMOR) es la consecuencia obligada: después de hablar de historia infantil, adolescente y juvenil, era importante plantear esa carrera alterna que se imparte, de manera tan especial, a las mujeres: el amor.

Ante la estudiante se presentan dos opciones: el reto de una profesión o la salida común del amor; aunque trate de combinar la casa y la maternidad con el compromiso de una actividad fuera del hogar, tendrá que convencerse de que no se puede ser admirable ama de casa, excelente madre y, simultáneamente, intelectual de tiempo completo. Las condiciones materiales del mundo actual y la división estricta de papeles sexuales, mantienen aún una necesidad de excluir. En el caso de las estudiantes hace falta cuestionar si no se estarán preparando en las universidades "esposas con título".

Y sin embargo, el amor tampoco representa una alternativa deseable, más que a nivel de sueños ideales, porque implica una personalidad fraccionada y esquizofrénica.

Mary Ann Manhart y Florence Rush afirman, en el manifiesto de las Feministas Radicales de Nueva York, que la violación no es

*Mill, op.cit., pg. 190.

una desgracia personal, sino una experiencia compartida por todas las mujeres en una forma o en otra, y se preguntan si será posible que el hombre medio esté programado para ser un violador; si el violador y el novio-esposo no son una misma persona. Concluyen que el acto de la violación es la expresión lógica de la relación esencial que existe actualmente entre los hombres y las mujeres(*).

Sin aceptar en su totalidad este punto de vista, no nos queda otro remedio que estar de acuerdo en que las relaciones entre hombres y mujeres dejan mucho que desear; que el amor oculta muchas veces, debajo de sus pretensiones de sublimidad, una violencia sorda.

LAS HISTORIAS DE AMOR son relatos amargos, violentos; las mujeres, entregadas al amor, no están preparadas para asumirlo con realismo. Ese pretendido "amor", cargado de mitos y mentiras, se convierte, al consumarse, en celos, infidelidades, abandonos, maternidades indeseadas, incomunicación, dolor.

Esta parte del trabajo representa algo así como "Seis posibles finales para una misma historia"; ¿qué pasa, cómo se las arreglan quienes "visten el traje de novia de la abuela"(**), quienes se deciden por vivir la relación de pareja, cuando han pasado por una facultad de Ciencias Políticas?

LAS HISTORIAS DE AMOR son, también, la negación del relato romántico, del happy end empalagoso y estúpido de las películas a que estamos expuestos, mitificadoras, repetitivas; del folletín

* Connell, Noren y Cassandra Wilson: Rape: the first sourcebook for women, New American Library, New York, 1974; pg. xv.

**Guadarrama, Adriana: Sobre el amor, inédito, 1978, pg.6.

fácil, del lugar común.

Conservé el tono coloquial de las entrevistas en el texto del reportaje, porque pienso que la forma de hablar, las palabras que se usan, pueden definir al personaje que las emplea.

Las entrevistadas son alumnas de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, tienen entre 23 y 26 años de edad, pertenecen a la clase media; y las historias que cuentan son su forma de interpretar sus experiencias, con sus propias palabras.

"En mi familia no se concibe a la mujer intelectual; es más: no se concibe otra mujer que no sea la tradicional, que está en su casa, en su casa tiene hijos, cose, barre, cocina, se faja al esposo cuando él quiere, ¡eso es la vida! Hacer crecer a los hijos, regañarlos a veces, apapacharlos, bronquearse con el marido y morir".

La familia mexicana actual, como cualquiera que conserve el esquema autoritario y patriarcal, tiene determinada, de una manera muy clara y sin muchas posibilidades de cambio, la historia de sus miembros del sexo femenino.

Las mujeres sólo pueden tener una profesión: la simple y repetida de ser mujeres. Su sexo condiciona su futuro, sus funciones, su papel moral, social, económico, político; el conjunto de su vida ha sido concertado desde el momento en que nacen y se advierte la naturaleza de sus órganos genitales.

El lugar de la mujer en la sociedad es aprendido por ella a través de la familia. La educación de las niñas tiene la finalidad de convertirlas en seres cuyas expectativas no trasciendan lo que se ha establecido por otros: los padres, las instituciones, el grupo social; o sea, las niñas son educadas, fundamentalmente, para ser madres.

Las diferencias entre los papeles sociales que distinguen a los sexos, son determinadas por el medio social, más que por ele-

mentos naturales (*). Margaret Mead, a partir de sus estudios sobre las diferencias sociales entre los sexos, llegó a conclusiones bastante interesantes:

"Estamos obligados a deducir que la naturaleza humana es maleable de una manera casi increíble, y responde con exactitud y de una forma igualmente contrastante a condiciones culturales distintas y opuestas. Las diferencias que existen entre los miembros de diferentes culturas, así como las que se dan entre individuos de una misma cultura, pueden apoyarse enteramente en las diferencias de condicionamiento, especialmente durante la primera infancia, y la forma de ese condicionamiento se halla determinada culturalmente. Las diferencias tipificadas de la personalidad, que se dan entre los sexos, son de ese orden; consisten en creaciones culturales, educándose a los hombres y mujeres de cada generación para adaptarse a ellas" (**).

Engels elaboró la teoría de que:

"La familia monogámica se funda en el predominio del hombre; su fin expreso es el de procrear hijos cuya paternidad sea indiscutible; y esta paternidad indiscutible se exige porque los hijos en calidad de herederos directos, han de entrar un día en posesión de los bienes de su padre. La monogamia fue la primera forma de familia que no se basaba en condiciones naturales, sino económicas, y concretamente en el triunfo de la propiedad privada sobre la propiedad común primitiva, originada espontáneamente. La monogamia entra en escena bajo la forma del esclavizamiento de un sexo por el otro,

* Figes, Eva: Actitudes Patriarcales: las Mujeres en la Sociedad, Alianza Editorial, Madrid, 1972, trad. Carmen Martín; pag. 9

**Mead, Margaret: Sexo y Temperamento, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1972, trad. Inés Malinow, pg. 236.

como la proclamación de un conflicto entre los sexos, desconocido hasta entonces en la prehistoria (*).

Engels establece, así mismo, que la división de los sexos está determinada por las actividades que a cada uno se le ha encomendado realizar, porque "La primera división del trabajo es la que se hizo entre el hombre y la mujer para la procreación de los hijos" (**). Es lógico suponer que la caza y la guerra fueron encargadas a los hombres, puesto que la mujer, continuamente embarazada, ocupada del cuidado de los niños, tenía que permanecer en un lugar seguro; a este respecto, Simone de Beauvoir propone que:

"El guerrero pone en juego su propia vida para aumentar el prestigio de la horda, del clan al cual pertenece. Y, de ese modo prueba brillantemente que la vida no es el valor supremo para el hombre, sino que debe servir a fines más importantes que ella misma. La peor maldición que pesa sobre la mujer es estar excluida de esas expediciones guerreras: el hombre se eleva sobre el animal al arriesgar la vida, no al darla: por eso la humanidad acuerda superioridad al sexo que mata y no al que engendra" (***).

Al situar el nacimiento de la familia monogámica en el momento de la aparición de la propiedad privada, Engels establece los fundamentos económicos de la opresión de la mujer. La organización de la familia monogámica se basa en la preponderancia del padre sobre todos los demás miembros. Esta posición está sustentada sobre un principio de autoridad implícito, no discutido, que se origina en

* Engels, Federico: El Origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado, Ed. Progreso, Moscú, 1970, pg. 59-63.

** Marx, citado por F. Engels, op. cit. pg. 63

*** Beauvoir, Simone: El Segundo Sexo, ed. Siglo Veinte, Buenos Aires, 1975, trad. Pablo Palant, tomo I, pg. 90.

una imposición de fuerza y en la propiedad tanto de los bienes como de las personas que detenta esa figura. El padre posee a su mujer y posee a sus hijos, y les impone su voz, su punto de vista.

La mujer siempre ha jugado un importante papel productivo en la sociedad. Su fuerza de trabajo se ha utilizado siempre, en labores fáciles y complicadas, en actividades rudas o suaves. La división de los papeles según el sexo que asigna la casa a la mujer y el trabajo productivo al hombre, se produjo con el auge del capitalismo, y sólo aconteció en las clases medias y altas. El mito de la mujer "que no trabaja", encerrada en su casa, es relativamente reciente:

"La casa se fue convirtiendo en hogar al separarse del mundo del trabajo y al constituirse en reducto de la vida familiar y del descanso, y en el 'sitio de la mujer'; un sitio aislado del ámbito del trabajo y de la sociedad en el sentido más amplio, concentrado en el manejo de la casa y el cuidado del esposo y de los hijos" (*).

Durante el feudalismo, la unidad económica era el castillo feudal. Dentre de él se producía todo lo que se necesitaba; las mujeres, dentro del castillo, se ocupaban de todas las industrias; fuera del castillo, eran campesinas. La mujer del señor era la administradora, puesto que éste estaba dedicado a la guerra.

Con el surgimiento de las ciudades, se crearon viviendas dentro de las cuales no se producía nada, cuya única finalidad era la de dormir o estar allí mientras los talleres y las fábricas estaban

* Janeway, Elizabeth: El Lugar de la Mujer en el Mundo del Hombre, ed. Extemporáneos, México, 1973, trad. Sergio R. Madero, pg. 17

cerrados. Hay una gran diferencia entre la hacienda o el castillo feudales, y la casa de las ciudades. La casa es pequeña, para unas cuantas personas, unidas por un vínculo familiar muy estrecho.

El auge del capitalismo permitió que la fuerza de trabajo femenina no fuera indispensable en determinadas clases sociales; las clases medias y altas, entonces, convirtieron a sus mujeres en símbolos de status social. Las demás clases siguieron requiriendo de las manos de las mujeres para el campo o la fábrica.

La posición económica del hombre está signada por sus mujeres. El hecho de que un hombre no necesite que su mujer realice ningún trabajo productivo significará que se encuentra en una "buena posición"; y conforme esa mujer se vista mejor y gaste más, el prestigio del hombre será mayor.

En las clases altas, las niñas aprenden una serie de materias que las hacen "distinguidas"; pueden tocar el piano, saber idiomas o ser autoridades en protocolos o etiqueta, pero no ganan dinero mediante estos conocimientos.

Las niñas de clase media no pueden acceder a estos refinamientos, pero, en cambio, pueden ser hábiles amas de casa o excelentes administradoras del dinero que ganen sus maridos.

El aprendizaje mediante el cual los niños adquieren las características sociales de su sexo, se lleva a cabo a través de las actividades que realizan. A la mujer se le enseña lo que hace y cómo debe hacerlo, para que aprenda lo que es. Este aprendizaje está marcado por el autoritarismo y la represión.

Mi hermano es el clásico niño que no levanta ni sus calcetines. Si vieras cómo rega-

ñamos a mi mamá porque ella, eso de que "ay, mi hijito chulo, ¿cómo se va a cocinar un huevo? ¿Cómo va a hacer su cama? No"; Y así lo trae. Es el clásico niño mexicano que así lo educan, que él no tiene que hacer nada. No participa para nada en las labores domésticas. Yo sí se lo critico bastante a mi mamá. A él nunca le dicen que se moleste para nada.

El ámbito en que se desenvuelven las niñas es prácticamente hermético y su actividad se reduce a las labores "propias de su sexo", que si bien rechazan, les son impuestas por diversos métodos, que van desde la franca violencia hasta el sutil chantaje sentimental. El ideal de la mujer, para las clases medias y altas, es el que se apega al mito de la familia y el hogar. Sin embargo, el tipo de vida que se le impone a las niñas no siempre (y hay que decir que muy raras veces) las convence:

Hubo una época en la familia, infernal, en que todos vivíamos juntos; somos diez hermanos. Nosotras éramos unas niñas muy rebeldes, nos peleábamos mucho, así a patadas y de los pelos y a moquetes. Vivíamos en una casa muy grande. Como era una familia muy grande, y cinco mujeres seguidas, entonces, claro: "las niñas tienen que aprender a ayudarme, tienen que ayudarme a hacer la casa y a cuidar a los más chicos". Tú dices

okey: todos los niños tienen que ayudar a su mamá y todos los niños tienen que cuidar niños chiquitos, pero estábamos siendo amas de casa antes de tiempo. O sea, toda la vida nos cantaron --mi papá, mi mamá y todas mis tías-- que algún día tendríamos que casarnos y que entonces ¿cómo le íbamos a pegar un botón a la camisa de nuestro marido y qué le íbamos a dar de comer si no sabíamos cocinar? Entonces éramos unas niñas raras que íbamos a ser un fracaso como mujeres porque éramos unos hombrecitos y porque no sabíamos hacer nada de la casa y porque no teníamos consideración de nuestra pobre madre.

La organización del hogar se consigue encerrar a las mujeres dentro de un sistema absurdo; ellas tienen ocupadas durante todo el tiempo, sin que en realidad hagan nada; no llegan a producir ninguna cosa, material o intelectual:

"La mujer no tiene otra tarea que la de mantener y conservar la vida en su pura e idéntica generalidad; perpetúa la especie inmutable, asegura el ritmo igual de los días y la permanencia del hogar, cuyas puertas conserva cerradas; no se le ofrece ninguna aprehensión directa del porvenir y del universo y sólo se trasciende hacia la colectividad por intermedio del esposo" (*).

* Beauvoir, Simone, op. cit., tomo II, pg. 179.

El papel que juega el trabajo doméstico en la vida de la mujer es muy importante; es al mismo tiempo interminable e inútil: "Día tras día hay que lavar los platos, desempolvar los muebles y repasar la ropa que mañana estará sucia de nuevo, llena de polvo y rota. La dueña de la casa está siempre en el mismo lugar; no hace nada: sólo perpetúa el presente; no tiene la impresión de conquistar un Bien positivo, sino de luchar contra el Mal, y esta lucha se renueva cada día" (*).

El servicio doméstico viene a aligerar a las amas de casa los trabajos más monótonos y pesados. Sin embargo, su función sigue consistiendo en vigilar que las cosas permanezcan en su lugar, limpias, cuidadas, y no se dedican a otra profesión que la casa por mucho que tengan tiempo libre.

Es lógico que las niñas se rebelen ante una situación que no alcanzan a comprender, pero que intuyen y sufren. La forma en que se les obliga a aceptarla como única e inevitable y, además como correcta y deseada, es la represión y la racionalización: se les castiga cuando se comportan de manera inadecuada y se les trata de convencer de sus deberes y obligaciones. Las niñas no sólo tienen que someterse al aburrimiento de las labores de limpieza y mantenimiento casero, sino que además tienen que hacerlo por gusto, con la convicción de que las cosas son y deben ser así por siempre y no cambiar jamás, y porque desde entonces empiezan a asumir su responsabilidad social. Nunca se les permite suponer que la organización doméstica podría ser de otra manera.

Si preguntan por qué los varones de la casa no participan

* *Ibidem*, pg. 210.

para aliviar la carga del trabajo hogareño, se les responderá que los hombres trabajan fuera, o simplemente que las cosas son así y que no deben ser cuestionadas. Si quieren entender las razones por las cuales la casa debe mantenerse siempre limpia, la ropa siempre blanquísima, aunque esto requiera cantidades de energía y de tiempo asombrosas, se alude a principios de higiene y orden abstractos. Sin embargo, nunca se llega a profundizar en estos principios más allá de los rudimentarios conocimientos de la madre --y de los elementos que puede proporcionarle un vendedor de detergentes desde un anuncio televisivo. La limpieza es incuestionable; pero no sólo la limpieza: el brillo de las cosas. Las niñas no pueden entender que el problema no es sanitario, y que está, en cambio, relacionado más con una posición ante la sociedad que la mujer debe mantener ante las miradas ajenas (ya que es lo único que hace, al menos tiene que lavar, barrer, planchar, cocinar bien; y no tan solo bien, sino excepcionalmente, para que no se vaya a decir que no sirve como ama de casa).

Y cuando a alguna niña se le ocurra preguntar por qué no come toda la familia en un restaurante, se aludirá a razones de tipo económico, pero el principal motivo que invalidará la sugerencia es: la unidad familiar. Este concepto es considerado de gran valor y universalidad eterna; a partir de este mito se niega la posibilidad de socializar el trabajo doméstico con la ayuda de comedores, guarderías, etcétera.

Sin embargo, la familia empezó a mantener a la sociedad a cierta distancia y la relegó, al expandir cada vez más la zona de la vida privada. La organización de la casa se alteró en conformi-

dad con este nuevo deseo de mantener alejado al resto del mundo, alrededor del siglo XVII. Se ha dicho que el confort, la comodidad, datan de esa época. Nacieron al mismo tiempo que la domesticidad, la vida privada y el aislamiento (*).

Además del trabajo doméstico, la niña encuentra su expresión a través del juego. Todas las manifestaciones de vitalidad, entusiasmo, iniciativa, independencia, serán poco a poco extinguidas del espíritu infantil femenino, en nombre de la protección y la normalidad: a ningún padre le interesa que sus hijas no parezcan mujeres. Los niños serán rigurosamente apartados por sexos en el juego. La distinción más visible es la ropa: mientras que las niñas se aburren cuidando sus incómodos vestiditos y no se pueden subir a los árboles --porque se les ven los calzones--, los niños pueden moverse libremente con sus pantalones cortos.

 Mi papá, desde chica, no me dejaba ni quitarme los zapatos, ni quitarme el suéter si él no decía, ¿ves? Algo horrible. Me acuerdo que íbamos de excursión con mis primos y todo el mundo, todo el mundo se metía al río y mi papá me tenía sentada, vestidita.

Los juguetes infantiles suelen tener un carácter de entrenamiento y son pocos aquéllos cuyo único contenido es el juego. De esta manera, los niños tendrán soldaditos, pistolas, carros; y las niñas esas muñecas y juegos de té que predicen el futuro de quienes juegan con ellos. La niña juega a ser madre porque ese es su destino, al final de cuentas.

* Janeway, Elizabeth, op. cit., pg. 29-30.

Los juegos de exploración están vedados para las niñas; ellas no deben alejarse del círculo de control familiar ni siquiera lo que se alejan sus hermanos. Las niñas deben evitar los juegos rudos y los golpes que se alientan en los varones, porque de esta manera se forma un carácter violento en los hombres y uno débil y frágil en las mujeres.

La amenaza de la pérdida de identidad sexual está presente en muchas de las advertencias que explican por qué los niños tienen que hacer determinadas cosas (aunque no les gusten) y dejar de hacer otras (aunque no puedan evitarlas). Los varones pueden perder su masculinidad --"se te va a caer..."-- y las niñas serán calificadas de marimachos, bruscas, raras, etcétera, si no se comportan como se espera que lo hagan:

Yo siempre fui una niña rara, porque invitaba a mi casa amigas prietas, pobres, feas. Y mis hermanas invitaban niñas güeras, hijas de médicos, que eran bien recibidas en mi casa. Siempre fui una niña sola que hacía travesuras y quedaba como culpable ante los demás. La familia entera me censuraba. Me decían "pequeña gorila, caballona, marimacho". Era una niña muy fuerte, muy grande. Era mucho más fuerte que ahora: me colgaba de los árboles, de las puertas; y ahora no puedo hacer esas cosas.

Las instituciones sociales encargadas de difundir la ideo-

logía patriarcal, continúan el proceso de formación de las mujeres. Tanto la iglesia como las escuelas refuerzan el esquema tradicional de la mujer. Las escuelas, sin embargo, son una salida del ámbito cerrado del hogar y un cambio de actividades. Las niñas, al salir de casa, empiezan a conocer un mundo totalmente nuevo; se sienten estimuladas por conocimientos y sensaciones que nunca habían experimentado dentro del núcleo familiar.

Entré al Motolinía; pues más represión por todos lados. Monjas y el reglamento de la escuela que te prohibía que fueran hombres por tí. Si te cachaban, te corrían; fuera tu hermano, tu papá, quien fuera. Te tenían en una tensión espantosa. Muchas compañeras y yo, no sé: te rebelas. Iban amigos por nosotras, en moto, en carro. Salíamos así, haciendo un escándalo espantoso y pues nos íbamos rapidísimo y las monjas se quedaban sin saber quién había sido exactamente, trabadas de coraje. Era como lo máximo burlarte de ellas. Entonces yo tuve muchas broncas. Nos tenían con el uniforme arregladísimo y nosotras, para hacerlas enojar, traíamos las calcetas todas bajadas, las blusas de fuera, el suéter amarrado en la cintura y una falditititita que casi se te veían los calzones.

La relación que establecen con el mundo, sin embargo, no es

del todo nueva, sino que está condicionada por lo que han vivido hasta entonces: "En la mujer hay desde el principio un conflicto entre su existencia autónoma y su 'ser-otro'; le han enseñado que para agradar hay que intentar agradar y hacerse objeto, por lo cual tiene que renunciar a su autonomía" (*).

En la escuela la niña tiene que seducir a los demás. El método lo va aprendiendo poco a poco y la base es la aceptación de los valores de otros y la adaptación a sus normas.

Yo estuve en un colegio de monjas y de puras niñas. Monjas venidas de Francia, con toda la idea de que lo importante se hace en Europa. Y entonces tuve una educación de que te enseñaban francés desde chiquita. Yo era becada. Las monjas me querían mucho, pero eso sí: yo tenía que sacar de ocho para arriba; si no, me sacaban de la escuela. Entonces yo toda la vida tuve el problema, eso me obligó a ser estudiosa, pero por presión. Las monjas me querían hacer monja, pero no me dejé e hice lo que quise en la escuela. Me eché catorce años ahí. Cuando salí, me caía gordísima la escuela y vociferé contra todo después de haber estado muy apantallada por ella.

La educación escolar está planteada más bien en términos de

* Beauvoir, Simone, op.cit., tomo II, pg. 29.

continuidad que en términos de rompimiento con la educación familiar. En gran medida viene a reforzar los valores que se han inculcado a los niños durante la primera etapa de la vida. Es por esto que, aunque las niñas van a la escuela, aunque llegan a estar en contacto con un mundo más vasto y complicado y llegan a sufrir cambios intelectuales, en el fondo conservan la esencia de su función social.

Dentro de la ideología escolar, el esquema familiar sigue intacto: se venera la imagen de la madre, se admira la imagen del padre; se insiste en que los deberes de los niños son respetar, obedecer, escuchar, a cualquier autoridad (padres, maestros, líderes, policía) en cualquier situación. La escuela tradicional es básicamente autoritaria: se reconoce el poder de los adultos y se imponen castigos severos a quienes rompen las normas establecidas.

"Las actitudes patriarcales pueden sobrevivir a los cambios intelectuales; las actitudes se transmutan, se adaptan, pero continúan siendo en el fondo lo que han sido a lo largo de generaciones; todos estamos moldeados por nuestros primeros recuerdos"(*).

Yo estuve en un colegio de monjas, nada más que las monjas ya me tenían harta. O sea, francamente era una educación así, tan presionada... Yo no podía, no me sentí a gusto en ese ambiente. No se podía hacer nada.

La rebeldía es un elemento constante en el tira y afloja entre la

* Figes, Eva, op. cit., pg. 16.

individualidad y la sociedad tradicional. La niña que va a la escuela se encuentra entre dos mundos, que si bien pertenecen a la misma realidad y proclaman los mismos valores, tienen diferencias fundamentales de estructura y organización del tiempo. Esto le permite no precisamente cuestionar la validez de esos valores, sino que le da la oportunidad de vulnerar las reglas de uno al llegar al otro. Al no estar todo el tiempo sometida a la vigilancia de un mismo sujeto, puede sustraerse de las reglas del hogar en la escuela y de las imposiciones escolares en el hogar, puesto que no son las mismas en términos generales; por ejemplo, a la madre no le interesa demasiado que la niña haga su tarea limpia y a la maestra no le preocupa excesivamente (ni tiene la capacidad para evitarlo) que juegue, corra o brinque en el recreo, o que se muerda las uñas.

Durante toda mi primaria vivía en mi casa con las sirvientas y me salía a jugar; nunca hacía la tarea, nunca estudiaba, siempre era la burra del salón. En secundaria, hago que me expulsen del colegio de monjas y me meten a donde estaban mis hermanos. Era campeona de carreras, de basket bol y de salto largo.

El elemento más importante que se inculca a los niños en las escuelas, es el que se da al margen de la enseñanza académica. En forma paralela (y no siempre explícita) a los programas escolares, los varones aprenden, directamente, actitudes de caballerosidad, consideración hacia las niñas, protección. Y no es necesario que se enseñe a las niñas a cocinar en la escuela, puesto que lo aprenden en casa; pero, en cambio, es muy importante lo que una

maestra pueda opinar o juzgar a propósito, por ejemplo, de una mujer que no sabe cocinar.

Es el contacto con los demás niños y las reglas que para éste establezcan los maestros, lo que completará la educación y el condicionamiento social en lo referente al sexo. Los niños saben que deben comportarse de determinada manera porque se les ha regañado y castigado cuando no lo hacen así. De la misma manera, saben cómo comportarse con los demás niños. Así es que la mayoría se constituirá en opresora cuando alguien haga, diga, se mueva, actúe, como no se debe. Una niña activa, despierta, será rápidamente calificada de "cerebrito" o "sabelotodo". Una niña ágil, fuerte, tendrá que cargar con el sobrenombre de "marimacho". Desde muy temprano, una niña sabe que no debe competir contra sus compañeros aunque tenga la capacidad de hacerlo, porque será víctima del desprecio, de la burla, de la hostilidad de su grupo. Para ser apreciada (o mantenerse en un sano aislamiento) tendrá que renunciar a los juegos que le gusta ganar, tendrá que hacerse la tonta en clase y que actuar su papel sólo dentro de los márgenes establecidos.

Los maestros, como autoridades reconocidas, también establecerán juicios de valor sobre las conductas y actitudes de los niños. Con una simple frase como: "siéntate bien, que así no se sienta una señorita", están determinando un conjunto cultural muy específico, independiente de las teorías que se expongan en el pizarrón. Aunque dentro de los planes de estudio se incluyeran los descubrimientos de Margaret Mead o se discutieran las proposiciones de Kate Millet, mientras que los maestros mismos, la estructura familiar y toda la organización social no cambien de mentalidad, los hechos reales

dirán más a los escolares que todas las palabras del mundo.

Existe una hostilidad de los padres (que abarca todos los matices) frente a la preparación intelectual de sus hijas. Por un lado, ésta representa una distracción, una pérdida de tiempo (y de objetivo). Por otro lado, representa una salida, un escape de la estructura familiar rígida, al control riguroso, a la protección continua. Representa una pérdida de pureza --simbólica y literal-- a partir de los mitos de Eva y Pandora. El conocimiento no ha sido hecho para las mujeres: la curiosidad femenina ha desencadenado todos los males del mundo.

El saber es una devaluación y un peligro ("Mujer que sabe latín ni encuentra marido ni tiene buen fin"). La mujer está educada para desear lo que su padre y todos los hombres encuentran deseable para una mujer. A la mujer sólo le queda o serlo totalmente o no serlo en absoluto, en cuyo caso se ve repudiada (*).

Estudiar fue mi lucha. Después de la primaria, mi mamá no quería que estudiara, porque ¿para qué? Si yo me iba a casar, tenía que aprender a cocinar, a trapear, a planchar. Tenía muchísimas broncas con mis papás porque iba a la escuela.

Ante la alternativa del trabajo doméstico, sin embargo, es muy lógico que las niñas quieran hacer algo diferente que lavar y planchar. En un principio, el juego es la distracción por excelencia. La evasión de las labores domésticas no es justificable por el

* Figes, Eva, op. cit., pg. 16.

juego, pero es imposible de evitar:

Yo desarrollé un sentimiento de culpa bien grueso porque, en primer lugar, mi mamá siempre fue mi pobre madre, esperando bebé, a la que yo no ayudaba porque a mí no me importaba meterme en la cocina ni me gustaba; yo andaba en los terrenos de alrededor de la casa, correteando vacas y jugando con las vecinas. Siempre que llegaba a la casa, ya sabía que me iban a regañar. Eso, claro, por un lado me hizo muy rebelde, pero por otro lado me creó un sentimiento de culpa enorme. Mi mamá me recibía diciendo: "Claro, juegas todo el día mientras que yo, aquí, claro, la vieja mensa..." Siempre tenía la amenaza de que cuando mi papá llegara, me iban a acusar de todo el mal que había hecho. El me ponía como camote. Mi papá, al menos durante toda mi infancia, siempre fue una figura de terror, autoritaria; así, a cinturón y regañón.

La posibilidad de desarrollar una actividad diferente de la doméstica y que sea, además, justificable, es una alternativa de lo más atrayente. Sin embargo, la desaprobación social significa un obstáculo difícil de superar cuando se quiere ser "intelectual" en lugar de ama de casa.

La figura en la que se centra este obstáculo, esa desapropa-

ción, es la madre. Ella se encarga de continuar la secuela de clandestinidad que en un principio fue el marco del juego, al estudio. Estudiar no es trabajo, no es difícil, no es importante. Es más imperativo lo inmediato, el "quehacer"; es más concreto el polvo y la grasa, los platos en el fregadero y las papas sin pelar, esperando en la cocina a que "alguien" acometa la labor.

Si antes jugar era "perder el tiempo", ahora leer tendrá que representar la misma pérdida, agravada por la edad de la delincuente, que "se supone que ya debería tener más sentido de responsabilidad".

Si nos encerrábamos a estudiar, sobre todo ya en secundaria, de sexto en adelante, era para mi mamá como una agresión. Siempre irrumpía violentamente en el cuarto: "Ay, estas niñitas intelectuales, a ver si ya dejan sus libritos y me vienen a ayudar, porque ya es hora de darles de merendar a los niños..." Siempre, la posible dedicación al estudio o a la tarea era para mi mamá una afrenta. Siempre nos interrumpía con "Cuida a tus hermanos, ayúdame, se fue la criada, quién sabe qué". Siempre el sentimiento de culpa funcionaba. Si un sábado en la mañana me levantaba tarde y me ponía a leer una novela, estaba temiendo que mi mamá apareciera diciendo: "Claro, como son intelectuales no les importa la casa". En-

tonces había que esconder el libro y pararse corriendo. Además no había posibilidades de soledad, porque éramos diez. No había intimidad.

Desde luego, a partir de determinado momento, la educación escolar de quienes llegan a la universidad, no hubiera podido llevarse a cabo --salvo, tal vez, excepciones-- sin el apoyo familiar. Pero es muy claro que las mujeres quedarán excluidas automáticamente de cualquier arte o ciencia que requiera una formación especial, porque han sido educadas para evitar las manipulaciones físicamente arduas y algunas imágenes por ser "poco femeninas" (*).

La opinión familiar, consecuente a los chantajes y represiones de la infancia, tiene que, por lo menos, quedar establecida; y ésta es generalmente en el sentido de que las mujeres deben ser tal o cual cosa (como licenciada en letras, pero no ingeniero, por ejemplo) o deben llevar su vida o su carrera a cabo a partir de determinadas normas.

Mis papás no es que sean liberales, pero nunca nos han dicho que no hagamos tal o cual cosa. Nada más nos dicen que reflexionemos y pensemos lo que vamos a hacer, pero nunca se han opuesto a que hagamos determinada cosa. Y nos han apoyado; yo me acuerdo que, por ejemplo, mi papá no quería que yo estudiara preparatoria, por la vista. Ya le dijo mi oculista que eso no tenía nada que ver. Haya querido o no, él

* Ibidem, pg. 18-19.

nunca se opuso a que yo me inscribiera al CCH. Entonces yo le dije que quería estudiar y hasta me llevaba a la escuela y todo. Después, en la carrera, dice que él no conoce a un periodista que con su trabajo se mantenga. Eso es lo que dice él, pero, en sí, no se opone. El me da su opinión, pero nunca se opone a lo que yo haga.

"Cuando la mujer se convierte en madre, ocupa de alguna manera el lugar de su propia madre, lo que significa para ella una emancipación total" (*).

La madre, como el adulto que tiene más contacto con los niños, y como tiene la responsabilidad social de cuidarlos y educarlos, es la transmisora de la ideología, las tradiciones y las costumbres de la sociedad patriarcal. Para la niña, la madre es el modelo a seguir, es el sujeto con el cual tendrá que plantearse una identificación.

En mi casa, mi mamá es de lo más moralista; para ella todo es pecado. Acostarse con alguien, ¡olvídalo! Me hubiera corrido de la casa ochenta veces, hubiera llorado tres años.

Como la única finalidad de la madre, su única realización ha sido la de tener un hogar, un matrimonio e hijos; su única manera de obtener un reconocimiento social, una satisfacción perso-

* Beauvoir, Simone, op.cit., tomo II, pg. 237.

nal, es realizando sus deberes "como debe de ser".

Como, además, ha vivido en un mundo cerrado, existe por y para eso. Lucha continuamente por el tipo de vida en que ni su identidad ni sus relaciones sean cuestionadas.

Mi mamá nunca se planteó el hecho de planear la familia ni usó jamás anticonceptivos, no: uno tras otro, hasta que le tuvieron que hacer la histerectomía porque ya, si seguía teniendo hijos, le salían mongólicos.

Su misión, cuando ha conseguido su finalidad en la vida, es la de mantener el statu quo: "La mujer realiza la apropiación de su 'nido' por medio del trabajo casero; su hogar es la parte que le es adjudicada sobre la tierra, la expresión de su valor social y de su verdad más íntima. Como no hace nada, se busca ávidamente en lo que tiene" (*).

Hay que recordar que la madre fue a su vez hija y, por lo tanto, estuvo bajo la autoridad de su propia madre. Cuando la mujer se casa, obtiene un lugar en el universo dentro del cual ella manda. Por lo menos, puede decidir qué se va a hacer de comer, y cómo se va a limpiar la casa, lo cual era antes decisión de su madre. Al mismo tiempo, cuando la mujer tiene hijos, adquiere la autoridad a la que antes estuvo sometida, y puede ordenar a sus propios hijos lo que su voluntad le imponga, y conseguir obediencia. Ese es el único y mezquino triunfo de la mujer. De ahí toda su frustración.

* Ibidem, pg. 208.

"A través de los residuos que deja detrás de sí toda expresión viviente, se adhiere a la vida misma. Desde que un ser vivo entra en sus dominios sus ojos brillan con maldad. 'Límpiate los pies, no toques eso'. Quisiera impedir que su entorno respire: el menor soplo es una amenaza. Todo acontecimiento implica la amenaza de un trabajo ingrato: esa desconfianza lleva a la acritud y suscita una actitud hostil para todo lo que vive" (*).

Su identidad se encuentra en continuo conflicto con todo lo que pretende cambios. Se plantea como un modelo de lo que la niña debe llegar a ser; y por lo mismo como un obstáculo para aquella hija que pretenda definirse como un ser integral e independiente, rompiendo la tradición.

Ahora que ya tengo trabajo, ya no tengo necesidad de irme de mi casa, porque mi mamá murió hace como dos años. Todas las broncas de que yo me quería ir de mi casa eran porque no me dejaban hacer lo que yo quería; al faltar mi mamá, yo descansé. Ya hacía un año que yo llevaba la casa adelante porque ella estaba enferma y no podía cocinar. Entonces llevaba un año haciendo la comida de la casa. Era un pleito porque eran puros chantajes. Para salir de la casa, tenía que haber dejado la ropa lista, la casa levantada y quién sabe qué. En la casa nunca pudo haber sir-

* Ibidem, pg. 212-213.

37

vienta porque mi mamá tuvo un genio de los mil demonios. Quién la iba a aguantar. Entonces yo cargué con la bronca de cuidar y escuchar a mi mamá, que se sentía sola, con las broncas de la casa, y además, con la carrera.

"La mujer intenta construir un universo de permanencia y continuidad, pero el marido y los hijos quieren superar esta situación que para ellos no es más que un dato" (*).

Cuando el universo de la mujer se ve amenazado, tiene que utilizar todos los métodos posibles para salvarlo. Y cuando su mundo llega a ser destruido, queda en una situación totalmente trágica: si lo que ella ha construido y por lo que ha trabajado durante toda su vida no funciona, si aquello en lo que ha creído todo el tiempo no es cierto, ella misma encuentra pocas razones para seguir existiendo.

Mi papá se fue con una chava y cuando mi mamá se enteró de esto tuvo un shock nervioso horrible. Mi mamá es muy fuerte. Nunca se enferma ni de catarro. Pero cuando se enteró de esto, cayó en cama y tenía temblores histéricos. Vio miles de médicos porque nadie la podía curar. Entonces se fue de la casa ella también. Duró como seis meses en cama, en la casa de su mamá; no se podía mover. Llegaban sus hermanas, le hablaban

* Ibidem, pg. 208.

y no les contestaba. Ya, definitivamente, estaba muy mal.

Desde que me fui de mi casa, no volví a saber gran cosa de mis padres. Mis hermanas me contaron que mi mamá había tenido una crisis nerviosa. Ella nunca se enfermaba y esa vez estaba en cama; durante un año tuve remordimientos de que todo hubiera salido así.

La madre trata de imponer una ideología y una forma de vida cuyas contradicciones son bastante evidentes. Una niña sana no querrá parecerse a esa madre insatisfecha y neurótica, obsesionada con el arreglo de la casa, con el dinero, con la decencia; que vive por, para y de los demás: de su familia y de lo que pueda decir la gente; que no tiene nada concreto a qué dedicarse fuera de ese pequeño mundo.

Mi mamá tiene un carácter fuertísimo; de tigre. En mi casa ha habido siempre una especie de matriarcado en el que mi mamá les tiene gran preferencia a los hombres, y más a los hombres de carácter fuerte, porque mi papá es un señor todo calmado, conforme, no es un señor que diga: "hasta aquí", sino que todo lo que dice mi mamá, se hace.

Impone sus opiniones y su criterio en formas muy variadas;

aunque la hija no comparta su opinión, es capaz de someterla ya que cuenta con elementos "motivadores" que afectan desde la infancia y continúan demostrando su efectividad a lo largo de toda la vida. Los hijos siempre serán susceptibles a los chantajes porque se criaron en medio de ellos. El castigo implícito en el chantaje, está relacionado con múltiples fantasías alimentadas en el subconsciente de los niños; la pérdida del amor materno está íntimamente relacionada con la muerte de la madre y tiene una significación semejante.

Además, la familia siempre tiene a su favor la dependencia económica, como causa por la cual los hijos obedecerán mientras estén bajo el techo del hogar paterno. De todas maneras, cuando los hijos adquieren su propia independencia, han heredado los fundamentos ideológicos patriarcales y reproducirán en su propia familia las condiciones en las cuales fueron educados.

En una ocasión un doctor va y le cuenta a mi mamá que yo estaba embarazada. Entonces viene ella y me dice que qué pasó, nos reclama y arma un desmadre. ¡Y yo no tenía nada! Ahora empieza a chantajearme con lo sexual para que la mamá de mi pareja vaya a pedir mi mano, lo cual a mí me parece absurdo, pero para ella es importante. Me exige todos los ritos: iglesia, vestido blanco, brillante, petición de mano. Nos trataba muy mal antes de que quedáramos de acuerdo en casarnos por la iglesia; él llegaba

y le hacían caras; cuando lo invitaba a comer, no le servían, o le daban la comida fría o le servían menos que a los demás; o de plano le decían: "párate y sírvete"... grosería y media.

Pero es importante advertir que la mayoría de las ideas y actitudes de la madre pueden llegar a ser puestas en entredicho por las hijas que, aunque la comprenden, quieren salir lo más pronto posible de su esfera de influencia. No se trata de que prueben todo un estilo de vida o de que rechacen una serie de contradicciones, sino que desconfían de las situaciones aisladas, se rebelan a la imposición que atenta contra sus más elementales necesidades y empiezan a descubrir un mundo aparte que forzosamente ofrece un contraste con los absurdos moldes en que se mueve la familia.

Nos rebelábamos contra ser tantos. Cada vez que mi mamá se embarazaba, sobre todo ya que éramos seis y mi mamá se ponía panzona otra vez, nosotras decíamos: "Ah, otro escuincle, ¡nos vamos de la casa! Ni creas que te vamos a ayudar", la amenazábamos. Hasta que nacía el niño y éramos felices. Pero siempre le echábamos en cara que cuánto escuincle: "Nosotras no queremos cuidar escuincles, no nos gusta".

Mi mamá me tomó siempre como un enemigo,

me reprimía, me humillaba enfrente de mis amigos. Es muy rara. Me quiere, pero me demuestra envidia, coraje, rencor. Se ha vuelto tacaña; a mí me da veinte pesos a la semana y, además, tengo que irselos a pedir.

Uno de los hechos que marca con mayor claridad la inco-municación y el conflicto entre padres e hijas, es la forma en que se aborda (o más bien, se elude) el tema de la sexualidad. La información sobre este se da no como una educación, sino como la transmisión de tabúes y mitos y la represión manifiesta, que vienen a marcar tanto la ideología como las actitudes de la mujer ante el sexo, aunados a una ignorancia enorme acerca de la propia anatomía, acerca de la fisiología humana y a propósito del placer. Una sociedad enajenada sexualmente, prepara a sus miembros para la miseria sexual; para nuestra civilización "el acto sexual va inseparablemente ligado a la idea de sumisión" (*).

"El motivo de la dominación de la mujer por el hombre va ligado íntimamente a la idea de paternidad. A condición solamente de que pueda controlar a la mujer, el hombre se hace, en cierto sentido, inmortal" (**).

Eva Figes propone que el origen de los tabúes sexuales es, precisamente, que si los hombres no pueden controlar a todos los demás hombres para estar seguros de que su descendencia es legíti-

* Figes, Eva, op. cit., pg. 26.

** Ibidem, pg. 39.

ma, ejercen un control sobre la mujer, primero física y luego mentalmente.

La ignorancia sobre la propia sexualidad pretende tener un carácter de "protección". Mantener a las mujeres en el desconocimiento total del erotismo y del placer sexual, las preserva en cierto sentido de su "maldad innata". El resultado de la represión y la ignorancia es bastante predecible:

Empiezo a tener relaciones sexuales hasta los 22 años. Era una reprimida terrible. No entendía muchas cosas. Veía a las muchachas que sí se acostaban, y no las veía mal, pero en el fondo me sentía orgullosa porque yo no. Cuando las tuve, me empecé a dar cuenta de que era una imbécil por pensar así.

La ausencia de una verdadera comunicación en este terreno también tiene su origen en la impreparación de los padres y en su terrible dificultad para hablar con franqueza. Sin embargo, tienen una compulsiva necesidad de advertir a las niñas de un peligro, de protegerlas de un sino, de una catástrofe --que terminará siendo inevitable--; se pretende mantenerlas lejos del contacto con cualquier alusión al placer y temerosas de "realidades terribles". Pero es lícito comunicarles determinados aspectos fisiológicos (dentro de los límites del conocimiento materno).

Eramos tan ignorantes que nos creíamos lo de la cigüeña. Toda la cuestión de películas y masturbación y todo eso, tenía una

aureola como de prohibido. Sabíamos que era el lado que jamás debíamos plantear a la familia, pero no entendíamos exactamente por qué.

La mínima información sobre la sexualidad es transmitida a las hijas a través de la madre y a los varones a través del padre. Así, también se transmite un doble código moral. "Una mujer asexual es una buena garantía de que no deseará al marido ajeno, de que no traerá germen extraño a la propia familia y de que no constituirá una tentación demasiado fuerte en el varón cabeza de su casa para usarla como un arma de dominación" (*).

Mi mamá siempre nos dijo, desde un principio, qué nos iba a pasar, qué era esto, qué era lo otro, o sea, para que no nos agarraran, como ella dice, tontas; que supiéramos qué era eso, esto y el otro. Entonces, por parte de mi mamá sí tuve bastante información. Es que mi mamá, como ella nos cuenta, nunca supo nada de nada. El día que le llegó su regla, creyó que ya se andaba muriendo, que ya se le había roto algo ahí abajo, o sea, que ella no sabía nada. Pero con mi papá, en ese sentido, nunca ha habido comunicación. Ni con mi hermano. Yo no sé. Me acuerdo

* Falcon, Lidia: Mujer y Sociedad, ed. Fontanella, Barcelona, 1973, pg. 29-30.

que una vez mi mamá comentó que a mi papá le daba pena decirnos qué era el sexo y todo eso. Mi papá es una persona muy seria, o sea, con él no puedes... con él llegas a hablar de cosas bien serias y nada de echar relajo o cotorreártelo; pero tiene la misma ideología que mi mamá, de que la virginidad es ante todo y lo primero.

"La libertad sexual y el control de su propio cuerpo le están vedados todavía a la mujer, por medio del culto a la virginidad, de la duplicidad de las normas morales, de la prohibición del aborto y, en muchas regiones, por medio de la inaccesibilidad física o psíquica a los anticonceptivos. Además, la continua vigilancia de que es objeto tiende a mantenerla en un estado de infantilismo que se manifiesta hasta en los casos privilegiados en que se recibe una educación superior. La mujer se encuentra ante la continua obligación de basar tanto su equilibrio como sus progresos sobre la aprobación del varón" (*).

Si hay algo que puedo criticar a mis papás es la bola de tabúes que me metieron respecto al sexo, o más bien, la poca información que me dieron. Cuando tuve mi primera menstruación, yo no tenía ni idea de qué era eso. Me asusté tanto que me quedé llorando y llorando en el baño, encerrada, y pensé que

* Millet, Kate: Política Sexual, ed. Aguilar, México, 1975, trad. Ana María Bravo, pg. 73.

me estaba desangrando, muy grave. Y, además, como es una parte de tu cuerpo a la que le tienes miedo...

Como en mi casa habíamos puras mujeres, yo no sabía qué era lo que tenían los hombres, ni idea, hasta los 19 años.

En mi casa siempre hubo libros de Ginecología que veíamos a escondidas, pero mi papá nunca nos instruyó (es ginecólogo); ni él ni mi mamá ni en la escuela. Era parte de la rigidez de la familia. Todo era asexual. Ni siquiera se planteaba; eso fue lo típico. Lo platicaba con amigas, con mis hermanas; yo nunca me reprimí; buscaba información por todas partes, pero todas mis posibles manifestaciones eróticas no las comentaba con nadie. A partir de la secundaria y prepa sabía yo algo de los anticonceptivos, pero como en las noticias, nunca a nivel de amigos. Todas mis amigas tenían su noviecito decente; no se acostaban con él.

"La mujer emancipada es un modelo estéril porque propone el ajuste de una personalidad que no ha tenido sus escapes en el momento oportuno. El engaño que puede extrañar a la muchacha es pensar que es recuperable en el tiempo una experiencia psíquica de la que ha sido privada en su juventud."

Carla Lonzi
Escupamos sobre Hegel, pg. 45.

La Facultad de Ciencias Políticas y Sociales era un jardín del que brotaban pequeños edificios. Ahora los edificios han crecido más que los árboles, pero el jardín sigue siendo uno de los más hermosos de toda la Ciudad Universitaria.

Esta escuela está organizada de manera tal que uno puede acomodar su horario dentro de múltiples posibilidades. Pueden tomarse clases durante la mañana, durante la tarde, o en ambos horarios. Es posible, también, disponer de un día a la semana sin clases, llevando las materias necesarias para terminar la carrera regularmente. Las clases son de dos horas. Las labores comienzan a las siete de la mañana.

La mayoría de las clases son impartidas como seminarios: la base es la lectura de textos que se exponen o discuten dentro del salón, pero que debían estudiarse fuera. No es difícil terminar sin haber leído demasiado. La participación en clase es conveniente, pe-

ro no indispensable y ningún profesor corretea a sus alumnos para que estudien.

El sistema de evaluación proporciona oportunidades al por mayor para "pasar". Se puede pagar materias, adelantar y hasta sacar buenas calificaciones sin esfuerzos demasiado extremos. Uno de los métodos preferidos como examen es el de presentar trabajos escritos, de extensión moderada, cada semestre en cada materia. Estos trabajos se hacen individualmente o por equipos. De lo que uno nunca está seguro es de si son leídos con la atención conveniente.

Puede decirse que estudiar en Políticas resulta efectivo tanto para quienes quieren obtener un título como para quienes quieren aprender algo. Quien quiere estudiar, estudia y encuentra los estímulos necesarios y un equipo de profesores dispuestos a recomendar amplias y jugosas bibliografías. A estas alturas, si no se realiza un esfuerzo personal, la pura presión institucional sirve de muy poco. Son una minoría los maestros que todavía pretenden "enseñar" algo. Pero la mayoría de ellos significan una guía para los estudiantes.

Dentro de este marco de flexibilidad, estudiar puede ser una interesante aventura, sobre todo porque lo que se aprende en Ciencias Políticas a veces resulta un mundo nuevo y desconocido para las novicias aspirantes a una licenciatura.

La primera vez que vine a la facultad, venía de medias, de falda. Entro a mi primera clase de la carrera, de economía; y yo no sabía ni lo que era economía. Pero el trauma máximo fue cuando Arnaldo Córdova

suelta en clase que él era comunista y que no le importaba decirlo y que quién sabe qué. Yo casi me voy para atrás: ya me estaba cayendo bien y de repente me dice que es comunista, no, pues olvídate. Y luego Goded me dejó leer un librito sobre religión y yo, traumada.

La escuela significa no sólo una continuación de los esquemas sociales vividos en la familia, sino que es una apertura a una realidad nueva, a nuevas relaciones y nuevas vivencias. Una mujer que sale del universo cerrado de su casa y su familia para encontrarse con situaciones desconocidas, no necesita de grandes revelaciones para darse cuenta de la enorme diferencia que hay entre su pequeño y repetido mundo, limitado por sus costumbres y creencias, y lo de afuera, que viene a representar otro marco de referencias, más rico, más complejo.

A partir de tercer año de preparatoria conocí a un grupo de gente que me parecía más viva. Yo me desenvolvía en un circulo de amigas, mujeres nada más. Eramos las más aplicadas del salón, nos matábamos estudiando, nos juntábamos en la tarde para hacer la tarea, pero éramos de lo más aburridas. Estos chavos que te digo, eran un destrampe porque se iban todos los días de pinta. Yo, al principio decía: ¡estos niños! Pero después empecé a irme de

pinta con ellos. Con ese grupo empecé a abrir más mi mundo. En tercero de prepa aprendes de todo menos Física o Temas Selectos de Matemáticas.

La represión a las hijas de las familias clase media se lleva a cabo mediante un encierro (literal) dentro de la casa. Las muchachas no salen, o lo deben hacer siempre acompañadas; tienen estrictos horarios y cuando regresan tarde son severamente castigadas. El encierro se justifica por la necesidad de protegerlas que tienen los padres. Es claramente obvio que se protege algo más que la persona de las niñas; por lo general, los varones tienen mucha más libertad, pueden salir y regresar con un horario menos rígido y se mueven con menos restricciones.

El resultado del encierro es un total desconcierto ante lo "de afuera". No es extraño que las muchachas de quince años no conozcan la ciudad. Esta ignorancia supone una dependencia de los padres y hermanos, que son quienes las llevan y acompañan y recogen.

Cuando las muchachas crecen, tienen que ir a la escuela, tienen que salir, que moverse por sí mismas, empiezan a conquistar libertades y a vulnerar normas. Sin embargo, los padres se oponen sistemáticamente a otorgarles una emancipación más allá de su control y su conocimiento. Quieren saber dónde están en todo momento, qué están haciendo, con quién. Lo más lógico es que ellas empiecen también a escaparse y a engañar. La estricta vigilancia es, las más de las veces, burlada.

Las familias de clase media, en México, cultivan un extendido prejuicio en contra de la UNAM. Los padres prefieren que sus

hijos, y en especial las mujeres, no entren a estudiar a la Ciudad Universitaria.

Por un lado, la Universidad es un lugar peligroso. El movimiento estudiantil del '68 y las represiones han contribuido a reforzar la leyenda de que la UNAM es un "nido de comunistas". La clase media es, fundamentalmente, anticomunista. Además, no confía en sus propias convicciones y teme que sus hijos, educados sabía y católicamente, sean "pervertidos" y enrolados rápidamente en las filas de los equivocados.

Esto, más la seguridad de que la corrupción más espantosa pudre las entrañas de CU, predispone a los padres. El tráfico de drogas y las violaciones dentro del perímetro universitario son noticias que trascienden y llenan las notas rojas. Los porros y pandilleros asesinos también preocupan.

Por otro lado, la UNAM no cobra casi nada. Como todas las escuelas "del gobierno" puede estar "llena de nacos". Hay una especie de repugnancia ante la idea de que la hija de uno se vaya a relacionar con puros proletarios.

La mayoría de las familias convence a sus hijas de que estudien una carrera corta (mientras se casan), porque tampoco está bien que las niñas no estudien nada. Claro que eso de ser secretaria bilingüe, pues cualquier muchacha puede. Como la aspiración máxima de la clase media es llegar a ser (o cuando menos a parecer) clase alta, el ideal sería que los hijos estudiaran sofisticadas carreras en universidades extranjeras, o, cuando menos, nacionales pero privadas.

Todas mis primas son profesionistas, pero

todas son científicas: biólogas, químicas. Entonces, imagínate yo que les dije que siempre no me decidía por la física nuclear y que iba a estudiar periodismo. Lógicamente, les dio el patatús a todos. O sea: ahí sí hubo desde abuelo, primos, tíos, que te decían. Y luego la Universidad, ¿entiendes? En mi familia hay mucho eso de que la Ibero, que las escuelas extranjeras. Y que te metas a la Universidad, con toda esa bola de/ Yo entré tres años después de '68. Pensaban que ibas a venir aquí, te iban a violar, te ibas a meter en conflictos políticos, ibas a andar toda desgarrada...

Pero la realidad acaba por imponerse: las universidades particulares son muy caras y son muchas las familias que tienen que conformarse con la UNAM, porque, simplemente, el presupuesto no les alcanza.

De todas maneras, la Universidad está llena de gente. Entran muchos hombres y muchas mujeres. En 1977 había inscritas en facultades y escuelas un total de 34 217 mujeres. En un país como México, la educación es como un enorme colador. A las instituciones de educación superior llega un porcentaje mínimo y esas treinta y cuatro mil mujeres son un poquito más del .1% de la población femenina total. Comparadas con los 72 405 varones que estuvieron

inscritos en 1977 en facultades y escuelas de la UNAM, ellas son un 32% de los estudiantes de licenciatura en la UNAM (*).

Claro que no todas ellas se van a recibir. En 1977 la UNAM expidió 5 820 títulos profesionales; pero sólo 1 541 fueron dados a mujeres. O sea que, mientras que hay dos estudiantes varones por cada mujer, obtienen título profesional casi tres por cada una. Aunque el Anuario Estadístico no consigna datos acerca de deserción escolar por matrimonio o embarazo, es fácil sacar conclusiones.

Por otro lado, hay que considerar que no es lo mismo ingresar a una escuela científica que a una humanística. Se considera más adecuado que las mujeres estudien carreras "fáciles"; en un país donde la cultura y el arte son despreciados, es natural que se encargue a las mujeres de ellos. Las carreras técnicas, las científicas y las que son altamente remuneradas, son para los hombres: las mujeres "ni entienden ni les interesa la ciencia"; y como no tendrán que mantener a su familia, no importa que estudien algo mal pagado.

Hay cinco escuelas en la UNAM en las que hay un mayor porcentaje de población femenina: Enfermería, Trabajo Social, Filosofía y Letras, Odontología y Psicología.

Es fácil entender que las "cualidades" típicamente femeninas (y maternas) son muy convenientes para quienes quieren estudiar Trabajo Social o Enfermería: son trabajos subordinados, que requieren abnegación, ternura, espíritu de sacrificio, resisten-

* Todos los datos fueron consultados en el Anuario Estadístico de la UNAM, Departamento de Estadística de la UNAM, México, 1978.

cia al cansancio. Eso explica que en Enfermería haya 1 466 mujeres por 118 hombres y en Trabajo Social 642 mujeres por 95 hombres.

La Facultad de Filosofía y Letras está llena de carreras "inútiles" (monetariamente hablando), muy propias para que los hombres se mueran de hambre, pero dentro de las cuales las mujeres podrán obtener cultura y refinamiento, cualidades muy apreciadas en las mujeres de los grupos privilegiados: 2 949 mujeres y 1 777 hombres.

Las dentistas aprovechan la habilidad manual femenina: 4 184 mujeres por 3 158 hombres. Y en Psicología debe contar mucho el "saber escuchar y dar consejos". Pero hay que tomar en cuenta que la proporción de 4 mujeres por 3 hombres que hay en Odontología durante la etapa estudiantil se convierte en 1:1 cuando se trata de obtener el título: en 1977 se recibieron 279 mujeres y 277 hombres. En Psicología la desproporción es todavía mayor: mientras que hay casi dos mujeres por cada hombre estudiando, a la hora del examen profesional llegan más de dos hombres por cada mujer (3 246 mujeres por 1 783 hombres estudiantes; 31 mujeres por 71 hombres recibidos en 1977).

En la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales hay una proporción bastante equilibrada: 3 054 mujeres por 3 777 hombres; en 1977 se recibieron 31 mujeres y 38 hombres. No se dan los contrastes que se presentan, por ejemplo, en Ingeniería (10 364 hombres por 306 mujeres). Sobre las motivaciones a partir de las cuales entran tantas muchachas a Ciencias Políticas, se puede hablar de las carreras que ofrece esta facultad: Relaciones Internaciona-

les, Periodismo y Comunicación Colectiva, Ciencia Política, Sociología y Administración Pública. Ciencia Política y Administración Pública son carreras preferentemente masculinas. Dentro de las otras tres se concentra una gran proporción de la población femenina; se puede decir que son carreras (a primera vista) bonitas, no necesitan matemáticas, de porvenires prometedores, fáciles (aparentemente), de horarios accesibles, y "ambiente".

El "ambiente", desde luego, lo hacen las personas.

Existe en la Universidad una clasificación muy popular de las muchachas. Cuando un estudiante asiste a una facultad técnica o científica, afirma que hay mujeres bellísimas; luego, están las bonitas, las regulares, las feas, las horribles y (en el último escalón) las de la facultad a que pertenece. Existe también el mito de que en determinadas facultades se concentran las muchachas bonitas. Ciencias Políticas es una de esas.

A las once de la mañana, visitar la facultad es una experiencia interesante; uno puede darse cuenta de qué es el "ambiente": en el jardín, en las bancas, en la bardita, se reúnen grupitos de estudiantes a pasar el rato. Las pláticas se refieren tanto a la capacidad revolucionaria de las comunidades indígenas marginadas del norte, como a que si "¿Ya viste qué horrible se pintó el pelo la maestra de Teoría Social XII"? Las vestimentas también suelen contraponerse: uno encuentra desde los más estrafalarios y atrevidos atuendos "a lo último de lo último", hasta los jeans más rotos y deprimentes, las cabelleras más largas y despeinadas, las playeras más agujeradas del mundo; pasando por la moda "folk": huachas de suela de llanta, huipiles, rebozos, morrales y demás de

quienes se identifican profundamente con el campesinado.

El paisaje humano en Políticas es de lo más atractivo; puede uno parecer hasta intelectual. Los libros, cuadernos, apuntes y fotocopias que yacen asoleándose en la bardita, frente a un puesto de jugos, licuados y refrescos, constituye lo más característico de una facultad en la que se supone que debe uno leer "por kilo".

Pero estudiar en Políticas puede significar un cambio importante en la visión del mundo de esas tímidas y aterrorizadas muchachas que consiguen vencer exámenes y objeciones familiares para entrar a la universidad.

Llego a la facultad con unas ansias de aprender... y me doy cuenta de que me va a costar un trabajo loco, porque de historia, geografía, no sé nada. Cuando empecé, todos los problemas que tenía con mis papás por destrampada, se resuelven: olvido las fiestas, la iglesia, y me dedico a leer. En segundo me di cuenta de que lo que me estaban enseñando no lo podía aprender porque tenía muchas lagunas. Estudiaba y pasé. En tercero empiezo a ir a peñas y a conocer otra realidad. Esas canciones, aunque dicen que son muy chafas, para personas muy elementales, que tienen algún interés, pueden ser útiles. Cuando entré a la facultad quería hacer cosas. Entraba a

las asambleas y no entendía ni madres: quién habló y qué dijo, quién sabe. Empiezo a cambiar desde mi forma de vestir hasta mi forma de ser y de actuar. Todas mis amistades de los 18 a los 20 años, las olvido.

El problema de la mujer es que su contacto con la realidad está intermediado; sus padres, su pareja, la televisión, la iglesia, son los encargados de hacerle "ver" las cosas. Nunca se le proporcionan medios que posibiliten una capacidad de análisis y de crítica. Cuando conoce una realidad diferente a la que se le había hecho suponer, se siente, por un lado, desconcertada y agredida; por el otro, ya ha comenzado a desconfiar de sus creencias infantiles y su conflicto vital con la familia empieza a manifestarse.

Yo era de la idea de que el mundo era de color de rosa y México el cuerno de la abundancia. Mi tirada era casarme y tener una buena posición; pero en la facultad me decían que las cosas no eran como nosotros creíamos.

Su nueva visión del mundo no deja de estar intermediada. En el lugar que antes se encontraban los maestros de religión o los padres rígidos, ella coloca a sus nuevos profesores. Acepta pasivamente la nueva información que se le proporciona. Empieza a compartir las ideas del grupo mayoritario en que se encuentra.

En Ciencias Políticas lo "normal", lo aceptado, lo "decen-

te" es "ser de izquierda". Para obtener aceptación y aprobación en determinados grupos, uno tiene que ser (o cuando menos, que parecer) de la vanguardia. Uno de los calificativos más usados para rechazar aquello con lo que no se está de acuerdo, es el de "pequeño-burgués". Para estar bien con los demás, uno debe tener actitudes que no sean pequeño-burguesas; no usar frases pequeño-burguesas ni pensar ideas pequeño-burguesas.

La mujer está condicionada a ser para los otros. Su búsqueda es la de la aceptación social. Por eso no es extraño que se adapte tan fácil y rápidamente a las normas de los nuevos grupos a los que se integra. Su función es, precisamente, esa: estar de acuerdo al momento y a la situación que vive.

Además, en determinado momento no encuentra demasiadas diferencias entre su ideología familiar, tradicional y ahora rechazada, y las nuevas ideas (que contempla superficialmente), reemplazantes de su antiguo mundo. Su sensibilidad católica le ayuda a aceptar el nuevo papel que se le confiere: si en el catecismo se le inculcó que el camino al ideal, a la santidad, era el sacrificio; si se le afianzó la idea de un redentor que salva con su sangre a los demás; si se le inculcó la caridad cristiana; lo más seguro es que se sienta inclinada a "ayudar" a los pobres, a sacrificarse por ellos y a salvarlos por medio de un nuevo camino: la revolución social.

En los primeros semestres, era la desesperación, las ganas de hacer algo y pensar que la revolución estaba a la vuelta de la esquina.

Porque de otra manera no se explica cómo una persona que ha vivido durante catorce años bajo la más estricta educación religiosa se convierta, en un semestre, en una marxista atea y recalcitrante.

Poco a poco fue que empecé a ver más cosas y después de eso, ya que vi un poco cómo estaban las cosas, como que te entra la onda de que hay que redimir este mundo y cosas de ese tipo. Y no, me dije: yo no puedo estar sin hacer nada. Se me ocurrió hacer algo por alguien y una semana santa me fui a un pueblito a vivir ocho días, ni siquiera a enseñarles nada, yo a aprender a echar tortillas, cosas de ese tipo. Entender lo que pasaba. Y fui a dar con un grupo que estaba haciendo trabajo en colonias. Entonces empecé ahí yo a tener una militancia.

Junto con la idea de "ser o parecer de izquierda", las estudiantes se enfrentan a una familia totalmente atemorizada ante los cambios visibles que las nuevas actitudes de sus hijas implican. No se puede aparentar ser de izquierda en la escuela y seguir siendo de derecha en la casa. Además, las estudiantes no están dispuestas a ceder ahora que "han encontrado la verdad". Una muchacha sobre quien el control paterno sea muy fuerte, se verá duramente presionada por los requerimientos de sus nuevas actividades.

Yo tenía muchísimas broncas con mis pa-

pás porque iba a la escuela, porque andaba en la grilla, porque me desvelaba haciendo trabajos; y luego más porque "tú qué vas a hacer en política, tú qué te metes, tú qué vas a manifestaciones". Me dejaron entrar a la facultad, pero dijeron: ni novio, ni mucho menos pensar en casarte mientras estés estudiando. Yo les dije, okey, lo que quieran. Además, eso ni me interesaba. Había sido una bronca y seguía siéndolo el hecho de que yo salía con amigos. Iba al cine y veía películas ;pornográficas!, según mi mamá. Esas cosas estaban mal. Cómo, si ellos eran una familia decente, moral, cosas así.

Las restricciones horarias, la vigilancia, los reproches, los chantajes familiares, comenzarán a deteriorar la relación porque plantean una alternativa demasiado radical a la estudiante: por un lado está su posibilidad de darle interés a su vida, su grupo de amigos, el deslumbramiento de las nuevas ideas y la posibilidad de encontrar una pareja que concuerde ideológicamente con ella. Por el otro, lo que ofrecen sus padres: una vida plana, relaciones con gente cuya manera de pensar y de vivir ahora se desprecia, imposiciones de conducta que se rechazan, un esquema ideológico que se ha criticado severamente tanto en clases como en discusiones de grupo amistoso, y la represión sexual que empieza a resentirse como nunca.

La bronca en mi casa fue, en primera, que ya nunca me arreglaba, luego que llegaba tarde; luego, aparte, que el grupo en que yo estaba era casi de puros hombres; entonces, a mi papá como que no le gustaba la idea de que yo anduviera con seis o siete chavos. Me compré zapatos de hombre, botitas, porque son los más cómodos; entonces ¡cámara!, les empezó a preocupar eso. Fue toda una lucha, discusiones, y que entonces amenazaba con irme de la casa, problemas con mi mamá que era muy dominante; luego empecé a cambiar de ideas un poco, todo lo cuestionaba, sobre todo empecé a cuestionar mucho a mi familia: yo quería vivir sola, pero tenía que trabajar.

Se empieza a vislumbrar la posibilidad de independencia económica y sentimental de la familia. Sin embargo, uno de los obstáculos más fríos y objetivos que encuentra una adolescente o una joven para huir de casa, es que no sabe hacer nada: no se puede mantener porque no sabe trabajar; o los trabajos que puede realizar son explotadísimos.

Una estudiante de Ciencias Políticas puede oponerse a ser utilizada como objeto porque empieza a tener conciencia de su identidad, de sus capacidades. Pero eso no quiere decir que el mercado de trabajo al cual se enfrenta modifique el lugar que

tiene asignado a las mujeres.

Fui a solicitar un trabajo importantísimo y me preguntaron veintemil cosas: que qué idiomas hablaba, que a dónde había viajado, y cuando yo decía "que me pregunte qué sé hacer, por qué estoy aquí", me preguntaba que si tenía novio. Ay, digo por favor. Entonces a mí, sinceramente, se me hace que quieren contratar a una secretaria de lujo. Te van a poner como adorno. En primer lugar, eres mujer, y digan lo que digan, digan misa, tú llegas a un trabajo y lo primero que te ven es cómo vas vestida, cómo cruzas la pierna, si eres simpática y muy mona. Y puedes saber mucho y les vale gorro.

Cuando la necesidad de trabajar es mucho más grande que los sentimientos de auto-aprecio, que la conciencia feminista o que los prejuicios de clase, una mujer tiene que aceptar que: "...en las sociedades patriarcales la mujer siempre ha trabajado, realizando con frecuencia las tareas más rutinarias o pesadas... los empleos a que una mujer puede aspirar en los patriarcados modernos son, salvo raras excepciones, de tipo servil, por lo que se hallan mal remunerados y carecen de prestigio" (*).

Empecé a trabajar de mesera. Ganaba bien.

Siempre, desde chica, yo le decía a mi ma

* Millet, Kate, op. cit., pg. 53-54.

má: "quiero ser mesera", y ella me ar-
maba un tango; después, cuando tenía
como quince años, decía que me gusta-
ría ser mesera de Sanborns. Ya me iba
a meter, iba a hacer mi solicitud y to-
do y mi mamá me calmó porque me dijo:
"bueno, si van tus amigos o alguien que
te conoce, si alguien va con otra mucha-
cha, tú les vas a tener que servir", y
dije no, sí, de veras, qué bárbaro. Em-
pecé a trabajar en Lancer's y mi mamá
me decía: "no, tú eres una tarada, tú,
de mesera, se te va a caer la sopa en
las gentes". Y muchas veces, me acorda-
ba de eso y se me caía todo. Y unos re-
gaños horribles y miles de cosas. Después
el jefe iba y casi nos pegaba. Las tratan
horrible ahí. Yo les contestaba y ya se
calmaban, pero había momentos en que era
tan fuerte la presión del trabajo, o sea,
te trataban tan mal que yo decía/

Las experiencias fuera del hogar se van sumando y represen-
tan una fuente de conflictos con la familia. A mayor búsqueda de
libertad, se ejerce una mayor represión y vigilancia. Entonces,
uno de los pasos que se pueden dar fuera de casa, que es bastan-
te permisible, es el de viajar.

En segundo semestre, en las vacaciones, me fui a Londres. Pagué mi boleto de avión y aseguré mi estancia allá en una casa de asistencia. No sabía hablar inglés. Quería probarme que podía vivir sola. A partir de mi regreso, mis papás empezaron a alegar que el viaje me había cambiado mucho, empecé a tener problemas con ellos.

Los viajes pueden modificar impresiones, pero sobre todo, son la experiencia de la libertad. Para la mujer, encontrarse lejos de la vigilancia y el control paternos, significa una diferente experiencia del mundo, en parte porque puede moverse por su propio impulso, a partir de sus propias necesidades, sin tener que pedir permiso para todo y para cualquier cosa; y en parte porque se da cuenta de que muchas de las razones por las cuales se le impedía una serie de cosas, tienen bases falsas. Se da cuenta de que es capaz de utilizar su libertad, y esto constituye uno de sus grandes descubrimientos: no es inútil para llegar a un lugar, no es imposible para ella relacionarse y resolver problemas cotidianos; se da cuenta de que la calle, la ciudad, las horas nocturnas, los hombres, en fin, todos los peligros sobre los que se le había advertido, no son tan peligrosos.

Ese saberse nuevo despierta su necesidad de transgresiones. Empieza por ir un poquito más allá de las restricciones: la ropa, los horarios, el lenguaje, empiezan a cambiar. Se atreve a hacer las cosas que suponía nunca iba a pensar siquiera: se corta el

pelo que usaba largo hasta la cintura, usa pantalones de mezclilla, pierde su apariencia de formalidad.

En 1972 me vine de Córdoba a vivir con mis hermanos en un departamento. Ahí sí fue la libertad total porque empezamos a vivir solos. Yo antes me había empezado a volver cínica, rebelde, dejé de ir a la iglesia. Ahora me empecé a plantear hacer cosas en contra de lo establecido. empecé a andar de mezclilla, a andar greñuda, a fumar y a querer ser jipi. Fueron años bien confusos. Me empecé a dar cuenta de muchas cosas, muy influenciada por los maestros. Pero de la cuestión política me sentía muy ajena todavía. Todo lo que iba aprendiendo si fue un descubrimiento, pero como que lo dejaba en la escuela; nunca lo apliqué a mi propia vida. Eran dos mundos: el de la casa y el de la facultad.

La facultad proporciona armas de análisis del mundo; hace posibles cuestionamientos serios de la familia, de la clase social, a la que pertenece la estudiante. El grupo de compañeros y la nueva situación también obligan a hacerse planteamientos que nunca se habían hecho. La tensión familiar se resuelve en un conflicto fundamental: la estudiante siente que no cabe más, que su familia no puede establecer una comunicación con ella porque se trata de personas que no se identifican con lo que ahora se ha convertido

en el móvil vital más importante para ella. Para la familia, la explicación es menos sofisticada: lo que pasa es que la estudiante está en una etapa difícil y ha sido influenciada por la facultad. La influencia es, desde luego, negativa.

Pero el rompimiento que se anuncia está más condicionado por las circunstancias objetivas dentro de las cuales se desenvuelve el conflicto, que por los cambios ideológicos; es más grave la prohibición, las discusiones, los castigos, que las lecturas que una estudiante hace.

En realidad es muy poco lo que la facultad puede modificar la idea que sobre la función social de la mujer existe en los medios tradicionales que es, en última instancia, la que ha heredado la estudiante. Ella sigue esperando lo mismo que esperó su madre: un buen marido, hogar, hijos.

Yo no concibo la independencia sola. Yo no voy a llevar una vida solitaria, como un vegetal, o sea, yo amo mucho a los niños; pero a mí, si no me pones un chavo, yo siento que no funciona; yo, individualmente sola, me quedo individualmente sola, terrible e individualmente triste y, caray, no la hago.

Ha heredado los prejuicios y mitos de la sociedad en la que vive y los comparte. Las mujeres se siguen sintiendo "seres incompletos" si no tienen hijos. Su carrera ha sido una experiencia fascinante, pero están dispuestas a sacrificarla ante la alternativa de jugar su papel tradicional.

Uno de mis anhelos es tener hijos, pero

no en el sentido tradicional de "ay, quiero ser madre, a ver qué se siente, tener mi pancita y que me mimen". No, no, no, no. O sea, yo siento que es bien importante por el hecho de dar vida; para mí es importante tener un hijo porque tú estás dando vida a algo. Además me encantan los niños, ¿me entiendes? Yo me llevo bien con ellos, me fascinan.

El rompimiento definitivo con la familia no se da, entonces, porque la estudiante decida irse a la guerrilla o porque quiera vivir sola entre sus investigaciones, o porque se le pongan demasiadas trabas a su trabajo profesional; esto puede tolerarse mientras no se tenga a la mano una salida más consistente. El rompimiento definitivo se produce al encuentro con una pareja. Mientras tanto, las situaciones se pueden soportar y hasta justificar.

Yo soy una niña típica, de relación familiar típica, que vive en su casa por comodidad, que tiene unos papás jóvenes pero muy anticuados; tengo muchos problemas porque tengo que llegar a tal hora, no hay permisos, tengo que consultar a todo el mundo para tal o cual cosa. La independencia me interesa como experiencia vital, me interesa saber si puedo hacer lo que yo quiera; pero hasta el momento en que encuentre yo a una persona, o sea: yo no

concibo las cosas de otra manera; mientras no me involucre en algo verdaderamente importante, una relación que realmente me guste, me satisfaga, me llene todo, no me interesa cambiar mi relación familiar.

La solución al período que vive una muchacha entre los 18 y los 25 años, es una relación de pareja. Cuando se ha desencadenado un problema familiar, ella busca en su pareja un apoyo, una posibilidad de salirse de su casa; o bien es él quien le empieza a proponer esa forma de cambio de vida.

El problema de las parejas de estudiantes es, en gran parte, la represión sexual. Por lo general, su relación ha evolucionado con regularidad hasta que se enfrentan al muro de la familia tradicional, que no acepta la desfloración de las muchachas antes del matrimonio.

Aunque no es raro que los noviazgos lleguen pronto a tener relaciones sexuales, tienen que llevar a cabo sus encuentros en forma clandestina y culpable. La persecución paterna es evidente y se manifiesta en todas las formas de control que provee una sociedad dentro de la cual los policías se asoman a las ventanillas de los autos para "cuidar la moral y las buenas costumbres".

La edad "peligrosa" no pasa desapercibida para los padres que creen suprimir las necesidades a base de prohibiciones. Conforme la pareja necesita mayor libertad, las restricciones parecen más absurdas y limitantes. La represión sexual, aunada a la intrusión de un personaje ajeno a la familia, que analizará despiadadamente

sus costumbres, sus mitos y prejuicios, convencen a la estudiante de que sus padres están definitivamente mal.

Mi pareja se da cuenta de mi situación y me hace tomar conciencia. Me radicaliza y empiezo a rebelarme. Empiezo a reprocharles, a faltar a mi casa, a usarla sólo para dormir. Yo los adoro a mi papá y a mi mamá, pero son dos personas con las que no puedo hablar de nada. Al principio no me metía, pero luego empecé a cuestionarlos.

El punto de vista del novio llega a pesar más que las costumbres paternas porque, aunque parece contraponérseles, no es más que la reiteración de una costumbre más, definitiva para la vida de las mujeres. Una muchacha "en edad de merecer" sabe que su futuro no está dentro de casa y hace todo lo posible por consolidarlo de la manera más tradicional: sobre la base de una relación de pareja.

Los fundamentos de esta relación conservarán las características patriarcales: la "cabeza" de la pareja es el hombre; es el depositario de la responsabilidad económica y el que tomará las decisiones importantes; ella tomará el rol de esposa y se sujetará a las decisiones masculinas, aunque no esté de acuerdo con ellas, porque de no acatarlas corre el riesgo de perder lo fundamental: su posibilidad de realizarse.

De esta manera, en lugar de desligarse de la autoridad, la transfiere de la figura paterna a la de su esposo.

Mi novio me ayudó y me animó a escribir, me relacionó con el periodismo y me influyó mucho para que entrara a Ciencias Políticas. En los primeros semestres, íbamos en el mismo grupo. Nos habíamos propuesto ser los mejores del grupo. El tenía unas ideas muy diferentes a las mías y empezó a hacer una campaña para convencerme de una serie de cosas. Nuestra relación era muy estrecha y yo tenía los problemas normales en mi casa: tenía que llegar a cierta hora, y me decían que esas ideas que me habían metido en la facultad eran sandeces. Como nuestra relación era cada vez más fuerte, empezó a hablarme de la necesidad de que yo dejara mi casa y de que nos fuéramos a vivir juntos. Yo todavía creía en el matrimonio. Pensaba en la seriedad de un compromiso que era el matrimonio, que tenía que ser para siempre; de eso sí estaba super segura. Yo no podía convencer a mi novio de que nos casáramos por la iglesia: era imposible. Entonces yo decía, bueno; por lo civil. Pero tampoco. Ese fue el primer problema: que yo me quería casar. Pero, a fin de cuentas, como pasaba siem-

pre, me convenció, porque yo no podía darle argumentos y él sí.

Cuando la independencia de los hijos no se propone dentro de los "cauces normales", por los medios tradicionales, los padres suelen oponerse sistemáticamente y rechazan de plano, sin escucharlo, cualquier planteamiento nuevo. Esperan que sus hijos salgan de casa cuando se hayan casado debidamente, con la persona que ellos consideran la más adecuada, dentro de los rituales establecidos.

Si con los varones son exigentes, con las mujeres son inflexibles. Por un lado, antes de creer que han evolucionado a una manera de pensar diferente --y tal vez más avanzada-- que la de ellos, están seguros de que las "malas influencias" las han conducido a planteamientos erróneos y nocivos. Por otro lado, tienden a no darse cuenta del crecimiento real de las muchachas y las siguen considerando niñas, incapaces de vivir fuera de su esfera de influencia.

Mis papás veían en mí a una chavita y no me tomaban en serio. Era uno de mis mayores conflictos. Lo que más me chocaba era que nada era decidido por mí misma; según ellos, todo me lo habían metido en el grupo donde estaba. Me estaban manipulando: "tienes malas compañías; tú no eras así; eso no lo pudiste haber pensado tú".

Cuando la represión ejercida se torna intolerable, el rompimiento es la última salida que queda. Sin embargo, el rompimiento suele no ser definitivo, puesto que ambas partes (hija y familia) pueden llegar a un acuerdo, dentro de su voluntad de ser flexibles,

para hacer concesiones que posibiliten la comunicación perdida. En realidad, como no se trata más que de un desacuerdo, y los padres, en última instancia, lo que piden es lo que consideran "lo mejor para su hija", pueden llegar a firmarse las paces sobre un acta de matrimonio que llena las expectativas familiares en la mayoría de sus aspectos: significa una protección para la hija y, bueno, aunque no se casó de blanco y en la catedral, con enorme fiesta para toda "la sociedad", por lo menos su honorabilidad no está ya en la boca de todos.

Para la nóvel pareja, la firma no implica un conflicto excesivamente aterrador, puesto que puede "no dársele importancia" y significa la aceptación familiar.

Un día se les ocurrió volver a tratar de imponerme o prohibirme. Yo dije: ya, al diablo, ya no estoy para que me estén prohibiendo; no me van prohibir lo que, en última instancia, es lo que a mí me interesa y por lo único que siento que realmente voy a ser alguien. Entonces agarré mis chivas y me salí de mi casa. Me fui a la casa de mi novio que vivía solo.

Entonces se arma la bronca en mi casa del tamaño del mundo. Porque, obviamente, me salí sin decir nada. Agarré en un rato en que no se dieron cuenta y les dejé un recado: "pues ya me fui, ya no pienso re-

gresar". Y en la noche les hablé por teléfono que estaba bien, que no se preocuparan. Y uy, gran bronca, gran drama: les había hecho lo peor del mundo, era la más canalla de las hijas, la más malvada. En los días siguientes a que yo me había ido de la casa, empecé a sentir que había demasiadas broncas porque estábamos fuera de su esquema: no les entraba. Yo dije que las broncas se aminorarían si nos casábamos. Vi que con un papel firmado mis papás se tranquilizaban y disminuían las agresiones contra nosotros. Dije, bueno, pues me caso. En última instancia, no me costaba ningún trabajo firmar el papel, por una parte, y obtenía lo que quería: por un lado, la relación con un cuate y por otro lado mi desarrollo intelectual, que me preocupaba. Total, dije, si no funciona, me divorcio y no hay problema.

Sin embargo, cuando los padres luchan por el matrimonio de sus hijas no hacen sino perseguir una formalidad que legitime una relación tradicional, semejante a la que ellos construyeron en su tiempo. Las muchachas que se van de casa y no quieren contraer los lazos institucionales, en realidad no modifican la esencia de la pareja tradicional, no están haciendo nada nuevo ni revolucionario.

Persiguen, tal vez, en este caso, una aceptación del grupo social al que se han mudado; porque en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales el matrimonio es mal visto. Los estudiantes desconfían de una forma caduca, pero no la cuestionan a fondo, sino que se quedan en la negación de la apariencia. Así, las parejas rebeldes y escandalizantes se van apaciguando, aunque al final no se casen, y terminan por padecer la crisis actual de la pareja como cualquier matrimonio convencionalmente constituido.

De cualquier manera, el rompimiento con el núcleo familiar paterno modifica en forma inesperada la relación hija-padres, que se torna imposible de recuperar. Cuando se ha salido de esa casa --y peor si se ha salido de mala manera--, es inútil pensar en reencontrar la misma posición que tenía la hija antes de irse de casa, cuando por alguna causa se ve obligada a regresar. Ha pasado a jugar otro papel y a tener un diferente rol; se ha perdido la niña, la pequeña hija, propiedad de sus padres y en su lugar ha quedado alguien que ni se ha definido claramente como mujer (puesto que no tiene un marido que la avale) ni tiene ya las características que definían la infancia, puesto que ha salido "al mundo".

El rompimiento del mundo infantil, para la mujer, es brutal, porque no está preparada para enfrentar una realidad que se le ha escamoteado y disfrazado de mitos: ella espera el "y fueron muy felices" de los cuentos de hadas, y se topa con un mundo no cruel ni despiadado con ella, sino simplemente diferente de todas las mentiras que se le habían contado y había creído.

Un día estábamos comiendo. Yo sabía que

mi novio y yo no nos íbamos a casar, pero de todas formas yo les tenía que decir a mis papás que algo iba a pasar, porque a mis papás no les pasaba ni por aquí. Un día estábamos comiendo y les dije: "oigan, quiero hablar con ustedes de algo muy serio". Ellos contestaron: "a ver, a ver: ¿quieres permiso para ir al Popo? ¿Qué permiso quieres?" Empezaron a cotorrearme y era nada más que no se imaginaban que yo pudiera hablar de una cosa así. Les dije, pues, que era **algo más serio que eso: "Me voy a casar"**. No lo entendían: "¿Cómo?" "Pues me voy a casar". Les cayó muy de sorpresa. Su primera reacción fue echarme en cara una serie de cosas. El chiste es que ese día acabamos con lágrimas, bofetadas, etcétera. Pero ese día también dije yo: "pues ¿saben qué? Que ya no aguanto más. Así que me voy hoy mismo". Jo, jo, jo, dijeron mis papás y se encerraron en su cuarto. Entonces yo cogí mi bolsita con tres pesos y me salí. Luego dije "y ahora qué hago". Pues lo más lógico era ir a casa de mi novio, que vivía en Satélite. Fui a Satélite y ahí del Vips donde me dejó el camión (ya eran como las 9 de la noche), hablé por teléfono a la casa de este chavo, pero no estaba.

Me senté a esperar. Me acuerdo que conocí a un cuate y le dije que acababa de huir de mi casa. Entonces me dijo no, cómo, tan chiquita. Total que me echó un rollo que de lo único que sirvió fue para reafirmarme. Cuando ya era muy tarde, y mi novio no regresaba a su casa, le hablé a una amiga que vivía por ahí y le dije que me fuera a recoger. Ella me llevó a su casa, pero como vivía con sus papás, no se podía decir nada. Yo seguía tratando de localizar a mi novio hasta que llegó a recogerme. El vivía con su mamá, o sea que pues era un poco difícil para ella y también para mí. Pero también era bastante maleable y se manejaba la situación y no había problema. Ahí me quede como cinco días y yo decía, pues no, se tiene que arreglar esto de alguna manera. A la mejor mis papás ya recapacitaron. Como al quinto día escribí una carta en la que contaba toda mi infancia, cómo había ido yo cambiando, qué era lo que yo pensaba, hasta decirles que teníamos que entendernos y bla, bla, bla. Larguísima la carta. Fui un día, se las eché por debajo de la puerta y me regresé. Luego le hablé a mi hermana y ella me di-

jo que habían dicho que posiblemente sí tuviera muchas dotes de periodista, podía escribir muy bien, pero que lo que decía eran puras jaladas. Pues así menos me regreso. Decidí que tenía que regresar a arreglar las cosas. Ya regresé y fue un mes que estuve otra vez en la casa, insoportable para ellos y para mí, porque no iba a poder jamás volverme a adaptar, pero fue muy mala onda porque todo era a nivel de gritos: "yo digo esto y no escucho lo que tú dices". Era imposible que nos entendiéramos. Para mis papás yo era una persona muy influenciada por otra, que estaba haciendo una tontería y que me iba a ir mal, y de ahí no pasaban. Un día la bronca estuvo muy fuerte, muy fea y mi mamá estaba llorando. Me acuerdo que se me hincó a pedirme perdón y que no me fuera y yo me hincué a chillar con ella y mis hermanas lloraban y era así, la tragedia griega. Yo sentía horrible. Ese día mi papá salió de la recámara y se encerró en su cuarto. Yo le dije a mi mamá: "me voy a ir y te lo aviso a tí". Pues total, mi mamá lloró muchísimo. Ese día cerré la puerta de mi cuarto, arreglé dos que tres co-

sillas y las puse en una maleta, le hablé a mi chavo, puse el despertador como a las cinco de la mañana. Era bien temprano. Salí de puntitas de mi recámara y, en una de esas, vi a mi mamá que estaba en la puerta con los ojos hinchados, la cara demacrada; se me partió el corazón pero no quise decir nada. Le di un beso, me salí corriendo. Todavía mi mamá estaba en el balcón cuando me subí al carro... y me fui.

"La relación entre macho y hembra no es, pues, una relación entre dos sexos, sino entre un sexo y su carencia."

Carla Lonzi
Escupamos sobre Hegel, pg.44.

La sociedad patriarcal está fundada sobre la base de la opresión femenina; "la historia femenina es la más extensa relación de prohibiciones, tabues y servidumbres que se pueda encontrar" (*). Contra la mujer se ha usado desde la clitoridectomía hasta la "muerte civil", o sea, la total incapacidad jurídica para administrarse, ser escuchada o decidir sobre su propia vida; pasando por la quema de brujas, la venta de esposas, la lapidación por adulterio y otras situaciones, tal vez menos violentas pero seguramente más eficaces, como la ignorancia, la prostitución, el embrutecimiento a través del trabajo doméstico.

La mujer ha vivido la más larga de las represiones, justificada por diferentes pretextos. Cuando se le ha reconocido "humanidad" y la posesión de un alma, ha quedado sometida por su "inferioridad intelectual y física"; cuando se le ha concedido inteligencia, se le ha reducido a la potestad del hombre. La opresión ha tenido diferentes nombres, diferentes instrumentos, pero una fina-

* Falcon, Lidia, op. cit., pg. 21.

lidad: la de asegurar la descendencia legítima del varón. Los harenes y los cinturones de castidad son diferentes manifestaciones de una sola pretensión.

"La castidad femenina es supuesto necesario para garantizar que el hijo al cual un hombre transmite su riqueza sea realmente suyo, y no un pájaro inclusero. Y este simple hecho hizo necesaria la revolución romántica, una vez que los tabúes sexuales religiosos no eran tomados en cuenta" (*). Cuando la humanidad ha evolucionado y reprueba los métodos brutales, encuentra en el amor-pasión la forma de control indirecto sobre la mujer.

Del amor se ha dicho desde que es el motor del mundo hasta que es un invento de los trovadores de la edad media. Luc de Heusch afirma: "Sin admitir la totalidad de las tesis (históricas y morales) de Denis de Rougemont, cada vez parece más probable que el amor-pasión surgió en el siglo XII como valor herético: la fuente sería el pensamiento de los cátaros, heredero de las filosofías gnósticas. El mito no dejará de alimentar el gran romanticismo occidental" (**).

El amor nos interesa ahora porque es la base sobre la cual se pretende fundar las relaciones entre el hombre y la mujer. El amor es la justificación ideológica de la sexualidad. Es la forma mediante la cual una mujer contrae matrimonio y puede adquirir un puesto dentro de la familia, y, por ende, dentro de la estructura social. Sin embargo, su carácter mítico se pone de manifiesto con bastante frecuencia.

* Figes, Eva, op. cit., pg. 57-81.

** Varios: El amor en cuestión, Rodolfo Alonso Ed, Buenos Aires, 1969.

El papel de la mujer está enmarcado dentro de un reducido sistema de roles excluyentes, referidos específicamente a su posición dentro de la familia nuclear: puede ser hija, madre o esposa; cuando no contrae matrimonio, tiene que adaptarse a una situación no prevista e inventar una forma de relación adecuada. Aún actualmente, se sigue alimentando la idea de que la mujer que no se casa queda excluida, es marginada y sufre la frustración de la soltería como un sino desdichado: le están vedadas las relaciones sexuales y la maternidad y se le condena no sólo a la esterilidad física, sino a la improductividad total, al encierro, a la soledad. El miedo a la soltería es un prejuicio cuidadosamente alimentado en las jóvenes.

De esta manera, las expectativas de la mujer no trascienden el ideal máximo del matrimonio y la maternidad como única forma de realización social, emocional y económica.

La educación sentimental de la mujer es muy característica: del amor se le dice que es único, incompartible y eterno. La mitología de una muchacha de clase media está originada en los cuentos de hadas, que registran como valores femeninos la belleza, la virginidad y la estupidez; y se extiende a las manifestaciones de la cultura de masas dirigidas al público del sexo débil, como las tele, radio y fotonovelas.

La búsqueda de la mujer es la del amor, la del "príncipe azul" destinado a la posesión de su virginidad y que le dará una posición social: "La prensa en general, e incluso el conjunto de los medios de masas, llámense cine, radio, televisión, están crecientemente colonizados por estos valores de corte femenino, que

se articulan en el estereotipo de la feminidad: temas y valores del corazón, temas y valores de la organización doméstica, de la cotidianidad, de la intimidad, se tornan obsesivamente presentes en todos los productos de la industria cultural" (*).

Las mujeres son lectoras ávidas de la ficción romántica y el romance parece estar ligado a las mercancías de consumo. Tal parece que la mujer sola no puede lanzarse a la aventura del amor; necesita de consejeros sentimentales, cosméticos, peinados, ropa, moda, un lenguaje especializado y un código de actitudes, para triunfar en lo que es su carrera más importante.

Germaine Greer afirma que la aventura suprema sigue siendo enamorarse; es la única historia que las mujeres desean realmente escuchar: "Las revistas femeninas tratan la misma historia una y otra vez, cambiando de escenario, inventando combinaciones de circunstancias más y más curiosas para dar variedad a la intriga central, pero el enamoramiento, el beso, la declaración y la boda inminente son el elemento principal del argumento" (**). Parece ser que el romance justifica las faenas ingratas, la incompetencia física y la prostitución.

Para Betty Friedan esta no es una situación que haya prevalecido siempre. En 1939, las heroínas de las novelas que publicaban las revistas femeninas eran mujeres nuevas, que creaban con espíritu alegre y decidido una nueva realidad: una vida propia para las mujeres. Habían estudiado una carrera; su individualidad podía ser admirada por el hombre. Y esta nueva mujer era menos agresiva en

* Mattelart, Michéle: La Cultura de la Oposición Femenina, ed. Era, México, 1977, pg. 33.

** Greer, Germaine: El Eunuco Femenino, Ed. Azteca, México, 1972, pg. 194.

la búsqueda del hombre. Rara vez era ama de casa. Pero, paulatinamente, la mística de la feminidad fue envolviendo las tramas: a finales de 1949 sólo una de cada tres protagonistas de las novelas tenía una carrera, y se le representaba en el acto de renunciar a ella para convertirse en ama de casa. En 1958 y 1959 no aparece una sola protagonista que tenga una carrera ni ninguna otra misión en la vida que la de ser ama de casa. Sólo una de cada cien protagonistas tiene un empleo; no tienen ningún proyecto para el futuro, excepto el de tener un hijo.

Por otro lado, "...en los años 50 los editores daban por sentado y los autores aceptaban como algo incommovible que a las mujeres no les interesaba la política, la vida en otros países que no fueran el suyo, los problemas de envergadura nacional, el arte, la ciencia, las ideas, las aventuras, la educación; ni siquiera los asuntos de su propia ciudad, excepto cuando estos asuntos tuviesen alguna relación con su papel de madres o esposas" (*). Puede afirmarse que "el nuevo tipo de mujer ama de casa ha sido creado, en gran parte, por hombres que son escritores y directores de revistas" (**).

No hace falta un análisis demasiado meticuloso para darnos cuenta de que la situación a que alude Betty Friedan corresponde con detalle a la que priva en los países colonizados culturalmente por Estados Unidos; en México, la totalidad de las revistas comerciales dirigidas al público femenino abordan el tema de la ficción romántica desde los ángulos que esta autora señala.

* Friedan, Betty: La Mística de la Feminidad, ed. Sagitario, Barcelona, 1965, pg. 65.

** Ibidem, pg. 69.

Cabe aclarar que los núcleos de interés que abarca una revista femenina no son muchos menos que los que pudiera abarcar una revista masculina; sin embargo, hay que aceptar que si comparamos dos publicaciones, cada una dirigida a diferente sexo, encontramos que la masculina trata una mayor variedad de temas.

El modelo divulgado en las revistas femeninas y anuncios publicitarios, ha sido creado para vender, pero su poder procede de que "Las mujeres ya no saben lo que son. Necesitan desesperadamente un nuevo modelo que las ayude a encontrar su personalidad (*).

A partir de los primeros movimientos feministas, que vieron a cuestionar seriamente el papel de la mujer en la sociedad, los métodos de control y apaciguamiento tuvieron que irse volviendo más sutiles y efectivos. Actualmente, la publicidad y la ficción romántica se encargan de enseñarle a la mujer cuál es su lugar.

Por medio de la publicidad que difunden los medios de masas, se lanza al aire una orden a todas las mujeres: los modelos que esperaban están ahí, listos para copiarse y vivirse; durante los últimos años se ha estrenado un montón de series televisivas cuyas protagonistas son super-heroínas, mujeres policías, agentes del imperialismo. La orden es muy simple: hay que pensar, hablar, actuar, vestirse, peinarse, pintarse y ser a imagen y semejanza de las mujeres que aparecen en la pantalla electrónica; para ello, los patrocinadores proporcionan las mercancías idóneas que ayudarán a cumplir la misión: fajas, brasieres, pinturas de labios, sombras para los ojos, dietas, productos para el cabello, centros de reju-

* Ibidem, pg. 88.

venecimiento, etcétera: la industria de la belleza en su apogeo. Pero el mensaje es doble: no se limita a vender, sino que propone una imagen femenina concreta, la que, además de consumir todo lo que aparezca en el mercado, se dedicará a ser ella misma un objeto de consumo en el mercado, que sólo se podrá pagar con el altísimo precio del matrimonio.

La belleza tiene el premio esperado: "Nunca se siente tan feliz la mujer como cuando la cortejan. Es cuando se siente dueña de todo y blanco de todas las miradas, hasta el día en que avanza por el pasillo de la iglesia como una visión vestida de blanco, tan adorable como las flores que lleva, transportada, casi transparente, por el brazo varonil de su padre que la entregará al nuevo sustituto. Si es lista, y el esposo tiene tiempo y recursos, insistirá en que la cortejen toda la vida; lo más probable será que descubra que el matrimonio no es romántico, que los esposos se olvidan de cumpleaños y aniversarios, que pocas veces hacen cumplidos y que suelen ser indiferentes. Nadie la halaga, nadie la hace sentirse deseable. Se percata de que la susceptibilidad de su esposo es mucho más sexual que personal, o por lo menos así lo siente, dado que él descuida tanto los rituales que ella estableció cuando era una novia ruborosa. En la fase del noviazgo sus relaciones eran hermosas porque sólo se encontraba con su esposo cuando la llevaban fuera, la convidaban a cenar con vino, y la paseaban y festejaban, viéndose linda y hablando de sí misma y de su amor. Si su necesidad de la antigua adulación se vuelve desesperante, puede verse gravemente afectada. El romance ha sido la única aventura a la que ha tenido acceso y ahora se acabó. El matrimo-

nio es el final de la historia. Las revistas femeninas el aconsejan que no se deje que el romance se esfume del matrimonio. Trata de no "abandonarse", conserva su aspecto juvenil, bonito, trata de no preguntar a su esposo diariamente si la ama; desea que el beso matutino que le da antes de ir a trabajar, sea un poco menos mecánico. Más tarde o más temprano verá que el noviazgo fue una seducción; podrá echarle la culpa al esposo, pero en realidad fue ella quien llevó a cabo la seducción. El amor que parecía tener ella en la mente, labios eléctricos y soñar despierta en la cama, nunca existió en realidad. Ella ve que ha sido una niña romántica y boba. Ahora descubre que el matrimonio es un empleo muy duro. Su romanticismo se convierte, si no lo ha hecho ya, en una escapatoria. Se regala cositas románticas, tales como perfume, que su esposo ni siquiera advierte. Ahora el romance es su sueño privado" (*).

El principal problema de la mujer ante la ficción romántica es que sus mitos no son compartidos por el hombre. Lo mismo que existe una moral sexual doble, hay una educación sentimental que corresponde a las mujeres y que no afecta a los hombres. La mujer vive una especie de esquizofrenia que no le interesa al hombre. Ella está abocada a desarrollar su única carrera socialmente aceptada: el amor y el matrimonio; y su educación está encaminada, por un lado, a capacitarla para realizar labores domésticas y administrativas dentro del hogar y, por el otro, a convencerla de que su limitación, su encierro, su exclusión de los asuntos ajenos al matrimonio, su marginación política, económica, social, cultural, son necesarias y deseables puesto que ha sido destinada a un fin sublime.

* Greer, Germaine, op. cit., pg. 45.

La educación creadora de los mitos sobre el amor es femenina. Los hombres pueden tener otros intereses: su carrera, el dinero, el triunfo político, el arte, la ciencia; y aunque no sean indiferentes al amor, éste puede ocupar un nivel secundario dentro de su escala de valores.

Los sexos también determinan dos visiones del mundo; dos puntos de vista que ni siquiera convergen: el masculino es el adulto, el serio, el realista, el importante; el femenino es infantil, intrascendente, centrado en pequeñeces. De esa manera, las dos mentalidades viven irremediablemente separadas, la comunicación es deficiente y las relaciones suelen llevarse en niveles absurdos.

Carlos Castilla del Pino comenta que para muchos autores es evidente que "la concepción tradicional de la pareja puede considerarse fracasada: las más de las veces conlleva la destrucción recíproca de los miembros que la componen, a través del deterioro de la relación interpersonal preexistente" (*).

Sin embargo, el matrimonio es la más común de las relaciones entre hombres y mujeres y sigue habiendo parejas.

Hace más de un siglo que John Stuart Mill denunciaba lo "absurdo e inmoral de un estado social y de opinión según el cual la mujer depende totalmente en cuanto a su situación social del hecho de estar o no casada" (**) y afirmaba que "la mujer no debe depender del hombre más que el hombre de la mujer". Aunque se han presentado cambios a lo largo de cien años, es claro que no se ha modificado esencialmente esta situación y el ideal que señalaba

* Castilla del Pino, Carlos: Cuatro ensayos sobre la Mujer, Alianza Editorial, Madrid, 1975, pg.75.

** Mill, John Stuart, op. cit., pg. 94.

Mill está bien lejos de haberse logrado. Esta situación no será factible hasta que no se consolide una igualdad entre los sexos.

Las relaciones entre los hombres y las mujeres no son fáciles. Entre otras cosas, porque cada uno de ellos juega con diferentes reglas.

La moral sexual masculina impone como un deber de hombría la posesión de varias mujeres; la reafirmación del hombre se realiza en una medida numérica: entre más mujeres ha utilizado sexualmente, considera mayor su virilidad. Al mismo tiempo, implica un derecho de propiedad sobre una mujer. Para la mujer, la fidelidad es un valor extremo. Su reafirmación se funda en su capacidad para "retener" a su pareja, porque la condición de feminidad está dada en función de la existencia de un hombre.

Los hombres se consideran con libertad para vulnerar las fronteras de la pareja, al mismo tiempo que son posesivos, celosos y hasta violentos cuando se plantea una situación recíproca: la mujer debe permanecer dentro de sus limitaciones morales y, aunque la moral pretendida sostenga la fidelidad como un valor universal, los hombres siempre pueden ignorarla, cuando no es que se sienten obligados a demostrar su valía acostándose con otras mujeres.

Para el hombre, el amor y el matrimonio son elementos secundarios, no indispensables, prescindibles cuando obstruyen sus fines primeros; para la mujer el amor y el matrimonio son carrera, destino y definición. Mientras que los hombres son, en primer lugar, su profesión (y a partir de ella son nombrados: doctor, licenciado, profesor, etcétera) y en segundo término su

estado civil, las mujeres son denominadas a partir de su lugar en la familia: son señoritas o señoras.

Para el hombre, la paternidad es una necesidad, un derecho, un privilegio; tener hijos es una obligación de la mujer. La responsabilidad social de los niños recae en la mujer. Para la mujer el hogar es su posesión y su lugar de trabajo. El hombre se relaciona con el mundo a través de su trabajo.

Las carreras de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales tiene fama de ser "MTC" o sea: mientras te casas, para las mujeres. Esto quiere decir, simplemente, que las niñas de clase acomodada pueden darse el lujo de un barniz de cultura mientras son colocadas en su postura definitiva.

Pero la influencia de la facultad puede modificar las expectativas de las estudiantes. Sin embargo, Carla Lonzi afirma que "para la muchacha la universidad no es el lugar en el que se produce su liberación gracias a la cultura, sino el lugar en el que se perfecciona su represión, ya tan excelentemente cultivada en el ámbito familiar" (*).

Uno de los problemas radica en que las alternativas que se ofrecen a la mujer son bastante graves: por un lado está el hogar, cerrado, opresivo, pero que tiene la aprobación social, que pretende lograr la compañía y ofrece el amor y la maternidad, además de tener aquello para lo cual la mujer ha sido condicionada durante toda su vida: la protección masculina.

* Lonzi, Carla, op.cit, pg. 52.

Por el otro lado, está una profesión, una posibilidad de acceder al mundo de las ideas; pero que trae consigo la amenaza de la soledad, la esterilidad, la marginación.

Una carrera es un reto excesivamente comprometedor: la mujer profesional tendrá que enfrentarse a la competencia en un mundo de hombres, bajo las condiciones más desventajosas; tendrá también que asumir las consecuencias de una organización económica enajenante; y tendrá que vivir bajo la presión de demostrar continuamente su capacidad, puesta en duda por todos aquéllos que la rodean. En verdad que la competencia con los hombres no es atractiva ni siquiera en un plano de igualdad; mucho menos cuando, aparte de los hechos referentes exclusivamente al trabajo, la mujer tendrá que enfrentar observaciones desprestigiosas relacionadas con su feminidad, su honestidad, su sexualidad.

Wilhelm Reich apuntaba que "el principio de la separación de los sexos ha producido que los jóvenes se entiendan mejor entre ellos con con las muchachas" (*). La comunicación entre los sexos no es factible aún entre los sectores más "cultos" o escolarizados de la sociedad, porque implica un reconocimiento de igualdad y una identificación plena. Aún los universitarios están imbuídos dentro de una sociedad que impone sus normas y reproduce en ellos su ideología, aunque no deja de haber excepciones.

Pero no es extraño que las muchachas universitarias elijan el matrimonio a su carrera. Por un lado, la carga cultural que han heredado; por otro, la presión del medio en que se desenvuelven, condicionan su decisión.

* Reich, Wilhelm: La lucha sexual de los jóvenes, ed. Roca, México, 1974, pg. 93.

Sin embargo, aún esa elección está destinada más al fracaso que a concluir de una manera exitosa.

Una pareja tiene que enfrentarse a la educación que le fue impartida en el núcleo familiar paterno y a los problemas que implica una relación de pareja en la actualidad, para poder llevar a cabo su vida en común.

Carlos Castilla del Pino señala que la búsqueda del objeto amoroso no responde a planteamientos racionales, por lo que todo condicionamiento social de la misma generalmente constituye un decisivo estorbo; en otras palabras --las de John Stuart Mill--, cualquier traba que impida buscar y unirse a alguien que se pueda amar perfectamente, es un yugo que no puede vivirse sin opresión. El matrimonio no es precisamente el medio por el cual una pareja va a unirse: sino que viene a perpetuar un sistema de normas previamente establecido, cuyo signo es la represión ("La institución matrimonial es, en síntesis, contractual: no represión, pero sólo con el partenaire. Pero es evidente que ello supone la represión fuera del partenaire, o sea, represión al fin" (*).

Además, se toma como amor lo que no es otra cosa sino el incremento de la necesidad de posesión de un objeto. Otro motivo de fracaso radica en la exigencia de "eternidad" que se obliga a estatuir.

Las parejas tienen que pasarla en medio de mitos. Y la mujer, en lugar de vivir la historia que le contaron, sufre una muy diferente.

* Castilla del Pino, Carlos: Sexualidad, represión y lenguaje, ed. Alianza Editorial, Madrid, 197 , pg. 104.

U N O

Es que no vas a ir a ningún lado

Conocí a un chavo muy alivianado; era gabacho, a mí me parecía una persona súper inteligente. Estaba planeando irse a vivir a Holanda. Yo me quería ir con él así, a fuerzas. Total, que hicimos planes y miles de cosas y resultó que ya teníamos los pasajes de avión, porque él tenía amigos allá, teníamos ya todo, ¿ves? El día que íbamos a salir estaba fijado y un día antes de que saliera el avión mis papás no sabían nada. No me dejaban salir con él. Creo que fue una vez a comer a mi casa; mi mamá me dijo: "No, este niño no te conviene porque es muy vivido; es más: no vuelvas a verlo ni vuelvas a salir con él ni nada". Nunca decía que salía con él porque no me dejaban. Simplemente decía que iba a clase de francés y no iba a clase; esa era la única forma en que lo podía ver, y al salir de la escuela, porque me acompañaba de la escuela a mi casa, y ya. Total que cuando estuvo todo preparado para irnos, un día en la mañana yo iba a salir (¿a dónde iba? Creo que iba por un libro; algo así le dije a mi mamá). Llevaba nada más una bolsa así, lo indispensable. En eso sonó el teléfono. Yo ya me iba a ir y habló mi papá. No sé qué le dijo a mi mamá. Ella empezó a cerrar todo con llave: venta-

nas, puertas, todo, y yo no pude salir. Me dijo: "es que no vas a ir a ningún lado". Me encerró en la biblioteca con ochenta llaves y yo no entendía nada. No sabía ni por qué ni nada. Estuve todo el día encerrada, ni siquiera comí, y un lloradero espantoso. En la noche llegó mi papá: me soltó el rollo. Me dijo: "Tú te ibas a ir con este cuate, iban a vivir en Holanda, ya tienen los pasajes, mañana sale el avión". Así, haz de cuenta que me hubiera entrevistado. Yo dije ¿cómo, cómo supo si era de lo más secreto del mundo? Me dejaron encerrada ahí, el teléfono con candado y yo oía como sonaba y sonaba y no me dejaban contestar. Total, que el chavo se fue y me escribió al poco tiempo.

Si ya te casaste, ni modo

Para esto, yo tenía una histeria terrible. El me escribió que había hablado ese día y que qué había pasado, ¿no? Y me decía que me iba a mandar el dinero para que me fuera. Pero me dio mucho coraje que se hubiera ido sin mí, total que no le volví a escribir.

Ya pasó eso. Mi papá se burlaba de mí y me decía: "¿Qué paso, no que te ibas a ir a Holanda?" Yo, lllore y lllore, pero nunca lloraba delante de mi papá.

Ya había salido de la prepa y entré a una escuela de pintura mientras entraba a la universidad. Un chavo de ahí me gustó mucho. Un chavo muy loco. A mí siempre me han gustado las personas locas y raras. Y era la gente más rara de toda la escuela; era bien popular. Un día me dijo: "nos casamos y nos vamos a vivir a

Estados Unidos". Me la pintó bien padre. Nos fuimos a vivir a Estados Unidos, hicimos miles de cosas, pero era una vida muy bohemia, que a mí me encantaba. Era una especie de sueño con locura lo que vivía con él. Siempre era una necesidad de hacer cosas nuevas.

Fue muy padre. Regresamos a México cuando nació mi hijo. Pero de repente él era muy represivo conmigo también. Yo estudiaba Sociología entonces. Venía aquí, me veía platicando con alguien y hacía unos tangos espantosos, lloraba, casi me pegaba, aquí, aquí, enfrente de todo el mundo; yo me quedaba así/ Salí de una represión para entrar a otra peor. Me tenía enclaustrada y no me dejaba salir ni a la calle si no era con él. Horrible. Entonces le dije: aquí tronó la cosa, porque mi papá, por mucho que me hubiera reprimido, no era tanto. Tronamos y se fue a vivir a Estados Unidos un tiempo y yo me quedé en nuestra casa, pero después de eso empezó una etapa en la que de repente no sabía, bueno, para mí era como una liberación: ahora sí podía estar donde quisiera y hacer lo que quisiera y estudiar.

Pero como no tenía dinero, me regresé a mi casa. Eso también fue un trauma porque no sé qué hubiera sido peor: si soportarlo a él o soportar ya toda la presión de mi casa. En mi casa me decían: "No, lo que debes hacer es regresarte con él, porque pues es lo mejor". Mi mamá me decía: "Si ya te casaste, ya ni modo".

De ahí salió la onda de que mi papá fue alivianándose conmigo y me dijo: "si no lo quieres, quédate aquí, ésta es tu casa".

Pero de repente me decía: "Oye, no dejes salir a tus hermanas, porque nosotros no te supimos cuidar". Yo decía "¿por qué?" Y él contestaba: "No quiero que pase lo mismo con tus hermanas". Siempre me estaba recordando todo como un fracaso espantoso en mi vida, siendo que antes me alababa mucho, y de repente comenzó a decirme: "Ya tronaste para siempre".

Me sentía seca del cerebro

No tenía otro camino que la escuela. Siempre la escuela me ha dado ánimos, saber que estaba haciendo algo. Regresé a la facultad. Había estado dos años sin estudiar, había tenido un hijo y me sentía totalmente tonta. Me sentía como seca del cerebro, que no entendía nada, pero me dije: "no importa, voy a ver cómo voy a hacerle."

Estaba muy dañada psicológicamente, no podía asimilar bien las cosas. Pero me puse a estudiar sólo una materia, porque mi hijo tenía ocho meses y mi hermana me lo cuidaba por muy poco tiempo.

Me sentía bien fea, bien gorda, no sé; horrible, ¿ves? Entonces no le hablaba a nadie. Venía a mi clase, la tomaba y eso me daba ánimos para vivir, porque ya definitivamente pensaba suicidarme, pero mi hijo me lo impedía.

Yo creo que por la presión social, pero sentía haber fracasado totalmente. Y sí, muchas veces pensé suicidarme; tenía 19 años. Pensaba: si me suicido ¿quién va a cuidar a mi hi-

jo? ¿Qué le va a pasar? A lo mejor se muere también, o qué. Yo por ese miedo de lo que fuera a pasar/ Pero sí, de verdad, pensaba echarme de la azotea de mi casa.

Empecé poco a poco a asimilar las clases, a hacer los trabajos. Pero te juro que yo tomaba un libro y leía la primera hoja y no sabía nada de lo que había leído. Estaba en un estado que no asimilaba nada. ;Tenía tantas broncas! Poco a poco fui, a base de leer un libro muchas veces, tomando conciencia y confianza en mí, pero no me comunicaba con nadie de la escuela. Es que me sentía realmente vieja. Sentía que tenía como ochenta años. Veía así, a la juventud que pasaba alrededor mío, pero yo no me sentía en ella. Me sentía totalmente aparte. Por un lado eso fue positivo, porque me dediqué totalmente a estudiar. Aprobé. Eso me animó a seguir. Ya estaba totalmente separada de mi esposo.

Hasta la criada me veía despectivamente

La actitud de mi mamá para conmigo era totalmente negativa. Todos los días me corría de la casa y me hacía sentir un fracaso rotundo en mi vida, en mi matrimonio, en todo. En lo que podía agredirme, me agredía. Eso era desde antes, pero ahora era con más bases, con más oportunidades.

Mi hermano es muy moralista y me veía con desprecio; y llegó un momento en que hasta la criada me veía despectivamente. No tenía ninguna autoridad yo, no podía decir nada. Mi mamá me corría a cada rato: era un infierno de vida.

Después de eso empecé a trabajar en un laboratorio. Dejé la escuela y como al mes de trabajar ahí me dio hepatitis. Estuve en el hospital como quince días y en ese tiempo dije: "no, o cambio toda mi vida o ¿qué va a ser de mí?" Mi papá me visitaba, mi mamá también, mis hermanas: todo el mundo. Hasta mi esposo fue a verme.

Volví a tener confianza en mí. Cambió la situación a partir de entonces en la casa y después sentí que tenía que hacerla económicamente. Empecé a trabajar.

Compré un carro, ahorré algo y dije ya, a la goma, porque si no, no acababa nunca la escuela. Volví al séptimo semestre y no hago nada más. Quiero terminar mi carrera. Mi papá se alivió y tengo que ser el chofer de mis hermanas: él me paga por eso. Aparte vendo cuadros cuando puedo y de ahí saco, pues no mucha lana, pero poquita para acabar la escuela.

Hay épocas en que a mi hijo lo va a ver su papá seguido. El se lleva bien con mi hermano. Es líder de varias cosas y siempre trae pistola. Yo le tengo miedo. Me ha amenazado con que si alguna vez me ve con alguien, me mata; y cosas así. Pero yo, francamente/

D O S

Conozco a un tipo, me enamoro de él, me engaña en mis narices, feamente, me hace como a su trapo, su hilacho, enfrente de todo el mundo y yo...

Total, lo dejo de la forma más violenta, el tipo me odia y dice que soy nefasta para él; me ve y me desprecia.

Hubo épocas en que lloraba terriblemente. Y durante el tiempo que andaba con él, dejé la escuela, tanto que hasta ahora tengo materias pendientes de esa época. Mis amigos me regañaban/

T R E S

Yo nunca tuve novio, o sea: nunca pasé por la etapa del noviecito de los quince años. En mi casa ¡había una censura tanto de mis papás como de mis hermanas..! Eso no se usaba en la casa y nosotras criticábamos mucho a las niñas con novio que daban la vuelta al parque y se iban atrás de la prepa. Por otro lado, se me hacía un poco ridículo.

La primera vez que tuve una relación de pareja, fue a los veinte años, y fue una relación bastante jodida. Fue con un típico macho y yo era una típica inexperta.

Hoy no te veo y mañana tampoco

Todo empezó en una aventurita acapulqueña, borrachera: típico. Y él andaba conmigo y con otra. Yo era la amante de las borracheras y la otra era la noviecita santa y buena, reconocida y aceptada por su familia: la que entraba a su casa. Yo era la del hotel de paso. Yo era su locura, su locurita de momento, su secreto, su amante, ¿no? Y la otra era la novia, la que iba a su casa y platicaba con su mamá y atendía a su papá.

Yo al principio fui tan ingenua que consideré que yo era la única; yo me creía la única mujer con la que él andaba. Des-

pués empecé a darme cuenta de que no; los pretextos: hoy no te veo y mañana tampoco; las desapariciones, hasta que me di cuenta de que andaba con otra que había sido su novia durante dos años, oficial, pero con ella terminaba y volvía, terminaba y volvía. Yo fui uno de los paréntesis.

Antes de cualquier cosa, habíamos sido muy buenos amigos y así, con mucho respeto. Pero de repente ¿qué pasé a ser? Pues una vieja más, en su concepto; una vieja más a la que él se echó al plato. Y para mí era la primera experiencia.

Y claro, después de esa primera experiencia, de que terminé y todo lo que conlleva el terminar, llantos y demás, pues no quise volver a saber nada. Yo lo tomé muy en serio y entonces, claro, me sentí agredida, burlada.

Cuando terminamos tuve dos reacciones: por un lado, me empecé a arreglar mucho, o sea: a ponerme, a pintarme los ojos, a arreglarme mucho. Fue una reacción como de decir: véanme, qué bien estoy: no me jodió este tipo. La otra reacción fue castigadora: "no te vuelvo a hablar, chiquito: ahora te chingas". Empecé a buscar trabajo por otro lado, a cambiar de ambiente, de actitudes.

La situación se degradó

Yo empezaba a oír o a leer sobre la liberación de la mujer, sobre la nueva pareja, sobre vivir juntos sin casarse. Entonces, todavía tenía esa imagen de que con el primero con el que

anduviera, con ese. O sea, tanto me había tardado y tantas vueltas le había dado para andar con alguien, que, en primera, con el que anduviera tenía que ser alguien muy chingón, y con ese iba a vivir. Yo no concebía la posibilidad de tronar y de que alguien me chingara a mí. Me sentía mucha pieza en ese terreno. Era la ingenuidad total, pero muy en el fondo lo que yo quería era mi relacioncita estable y segura: ser la única y que él fuera el único.

Cuando empecé a andar con este cuate, pensaba: "nomás que pase un mes o dos, y a la mejor nos vamos a vivir juntos". Era la irre realidad total.

Yo pensaba: vamos a andar juntos y no nada más nos vamos a acostar, sino que vamos a estar juntos siempre. Yo decía: si ya acepté cama, a cambio, imagínate, si yo me acuesto con alguien me tiene que ser fiel.

Fue muy importante la primera vez que me acosté con alguien. Este tipo me cogió y encima se rió de mí. ¿Sabes por qué además lo resentí mucho? Porque yo en un principio establecí una relación igual a la que solía establecer con todos los hombres: una relación asexual, una relación de compañeros, camaradas, de mucho respeto porque yo era muy reservada, como lo soy ahora con cualquier tipo con quien no me interesa acostarme. No era coqueta.

Andaba sola con cinco muchachos. Entonces, claro, todos notaban mis actitudes, siempre andábamos juntos. Me emborrachaba con ellos, iba con ellos a las cervecerías, a los bares, y ellos andaban felices porque una mujer se iba con ellos. En cierta forma me admiraban porque yo era su compañera, no era la posible presa. Platicábamos horas y horas como cuates. Jamás hablábamos de

cama.

Y de repente, con este tipo se dio por equis o por ye, en Acapulco, y que la borrachera por acá y andábamos juntos y acabamos en la cama. Entonces la situación se degradó, porque pasé de compañera a mujer. Ahí fue donde actuó su machismo y yo actué como típica mujer inexperta. Pero sentí la degradación que se provocó y yo entré al juego.

C U A T R O

¿Por qué no descansa de las pastillas unos meses?

Nos casamos. Pensé agarrar en serio el compromiso de casarme y tratar de sacar la relación adelante. Le entro al rollo de ser lo que quiero ser: mi desarrollo intelectual, y ¿por qué voy a aceptar ese esquema de mis padres en donde está peleada la mujer intelectual con la que tiene un matrimonio y una casa? Yo puedo hacer las dos cosas.

Me lancé, estuve casada menos de tres años y las cosas iban regularmente. Había cosas muy buena onda y había cosas en las que él no me entendía. Ahora pienso que yo no lo entendía a él. A veces teníamos broncas, pero como que se iban pasando, en fin.

Después resultó un día que yo andaba con principios de úlcera. La doctora que me estaba atendiendo me dijo que entre otras cosas, la principal causa era nerviosa; pero que el estar tomando anticonceptivos orales también contribuía. Me dijo: "¿Por qué no descansa de las pastillas unos meses?"

Como, además, antes de casarme yo había tenido relaciones sexuales, aunque al principio sí con anticonceptivos, pero después me dijeron los médicos: "Usted ni necesita anticonceptivos porque tiene una gran deficiencia de progesterona, y mientras

ésta exista, no puede tener un hijo!" Dejé entonces las pastillas; nada más usaba anticonceptivos locales, y como me funcionaban, jamás me embaracé.

Cuando me casé, pensé: pues como que ya va a ser más cotidiana la relación; por si las de hule yo me protejo. Me puse a tomar pastillas. Luego viene lo de la úlcera, me acuerdo de lo de la progesterona, se lo digo a la doctora y me dice: "no hay problema; deje las pastillas".

Las dejo, uso anticonceptivos locales y no hay cuete. Ah, pues no. Resulta que con el tiempesito que había estado tomando las pastillas ya se me había equilibrado la progesterona y... embarazo.

Me lancé a un aborto

Entonces, ni madres. Yo no quería tener un hijo. El tampoco. Sabíamos que no era el momento. Para nada nos asustaba ni nos daba complejos de culpa pensar en un aborto y me lancé a un aborto.

Donde sí estuvo la bronca es en que no nos asustaba el aborto en sí mismo, pero lo que sí nos asustó y que no lo habíamos tomado en cuenta, fue la responsabilidad que implicaba la decisión de tener un hijo o no tenerlo. La decisión considero que es bastante difícil y tú no sabes hasta qué grado, hasta que no la tienes que tomar.

En fin, tomamos la decisión, pero como que a él se le vino el mundo encima. Se quiso zafar de la responsabilidad de

la decisión y me dijo que lo que yo decidiera él lo secundaba sin objeción alguna. Que si yo quería tener un hijo, pues órale; y que si no, pues órale. La decisión no había sido más que mía.

Yo fui la que me empecé a informar de cómo se aborta. Al fin supe que había unas pastillas que lo que hacían era cortar la circulación de alimento al embrión, y el embarazo no podía seguir adelante, con el consecuente aborto. Me puse unas inyecciones, hablé con un médico que me dijo sí, facilísimo, no hay problema.

Me puse las inyecciones y el aborto no venía. Pasaban los días y el aborto no venía. Fui a ver al médico, me puso otras cuatro inyecciones. Y el aborto no venía.

Para esto, movilizándome yo sola. Y ahí es donde me empiezo a dar cuenta de la importancia de una pareja, de un apoyo; yo no sentía que él estuviera conmigo.

¿De dónde sale tanta sangre?

Al fin se viene el aborto. Oh, la felicidad en el momento. Me sentí liberada de un peso terrible. Pero la bronca fue que el aborto no fue completo: quedaron restos de placenta. Se me vino una hemorragia de la chingada, de esas que no paras con nada; pero yo todavía me aguanto porque pensé que era normal que estuviera sangrando bastante y que tendría que ir disminuyendo.

Pero no disminuía, sino que al contrario: aumentaba sin

parar y llegó un momento en que empecé a sentirme bastante débil, las fuerzas se me acabaron y sentí que estaba desvaneciéndome. Por primera vez, yo creo que por única vez en mi vida he sentido cerca la idea de la muerte, en el sentido de que puedes darte perfectamente cuenta de lo que sucede y de lo que hay que hacer, pero tu cuerpo no te responde. Tu debilidad ya es tanta que no puedes ni levantarte al baño.

Tenía horas desfilando al baño, me acostaba otro rato y aquello seguía. La hemorragia en su pleno. Y me tenía que parar a cada rato a cambiarme de kotex, que los kotex en determinado momento valieron sombrilla, no servían para nada. Haz de cuenta como una hebra de algodón en una herida. Después ya no eran kotex sino sábanas, y esto no paraba.

Y sobre todo, la debilidad; de eso que empiezo a ver estrellas, a oír campanitas, el dolor es durísimo todavía y no paraba de sangrar y digo: ¿de dónde sale tanta sangre?

No localizaba a mi doctor. En el momento en que yo sentí que a pesar de lo que yo quisiera, mi organismo no respondía, me asusté. Llamé a otro médico, vino, me puso una inyección para contener la hemorragia y otra para el dolor que no cedía. Y además me dijo: "¿Pues sabe qué? Que si en media hora no le hacen un legrado, pues se pela, se muere". Porque ya llevaba como cuatro horas desangrándome.

Pues órale, movilízate y al hospital. El médico me advirtió que no fuera a decir que había sido un aborto provocado, porque automáticamente quedaba detenida. "Dígales que se le vino, que usted no supo ni cómo". Gran drama: al hospital en ambu-

lancia y todo.

Una gran soledad

Dentro de esto, lo que fue bien importante fueron mis sensaciones. Eso de que mi esposo estuviera dormido/ No lo desperté hasta que ya me empecé a sentir muy mal. Y se puso histérico. No supo qué hacer. Yo tuve que, con todo y el desvanecimiento, hablarle al médico. Eso fue para mí extremadamente duro: saber que aquí no contaba más que conmigo y con lo que yo pudiera hacer, porque él y nada eran más o menos lo mismo. No se le ocurría nada y todo le asustaba tanto que se desvanecía él antes que yo. No tenía la fortaleza para enfrentarse a lo que estaba pasando.

El primer día después del aborto estuvo increíble conmigo: me subió cargando las escaleras, me trajo flores, me compró un regalo, me escribió versos, me sirvió la comida, así, de "tú no te muevas". Pero eso fue el primer día.

La siguiente semana haz de cuenta que no había pasado nada. Yo, aquí botada. Empezaron a sucederme las cosas contra las que yo siempre había estado: la mujer que no le importa al cuate, y la deja botada aquí y ella que se arregle con sus broncas. No se estaba compartiendo la situación y empecé a sentirme terriblemente mal. Una falta total de compañía, de apoyo: una gran soledad.

Me pasé una semana encerrada, durante la que él se iba todo el día. Por ejemplo, un día en que no había nada para comer,

en el refrigerador --como se suponía que yo tenía que estar en reposo absoluto toda la semana, ni bajar ni subir escaleras--, yo no pude salir a comprar nada. El llegó a las seis de la tarde. Me vi, además de sola, atendida a lo que él tuviera ganas de darme. Y él, en lo que le interesaba que, desde luego, no era yo.

Fue un pinche embarazo

Después del aborto me tuvieron con anticonceptivos. Pero yo seguí con una serie de molestias muy extrañas. El médico me dijo: "Su matriz está muy lastimada. Se puede arreglar si deja de tomar pastillas, pero como mejor se compone es ejerciendo la función para la cual está destinada, esto es: teniendo un hijo".

Yo dije: puta. Si acababa de salir de esa bronca, pues ni madres. Entonces me dicen que lo que mínimamente tenía que dejar de hacer era tomar pastillas.

Total que los primeros meses me cuidé como loquita. Esto salió bien unos meses, pero de pronto resultó que empecé a sentir de repente unos síntomas que yo ya conocía. Gruesísimo: embarazo otra vez.

Yo dije: otra vez aborto. Yo no quería un hijo, él no quería un hijo. Las cosas estaban mucho menos que nunca para eso. Pero resulta que cuando decido abortar empiezan a surgir unas cosas que de alguna manera había puesto en el olvido, empiezo a darme cuenta y esto empieza a agobiarme. La situación por la que había pasado en el aborto anterior, empieza a molestarme hasta en sueños. Sueños en los que me veía batida en sangre, con dolores ho-

rribles y esa sensación de desvanecimiento en que sentía que me iba, me iba. Me aterró.

Fue una gran cobardía de mi parte, pero me aterró la idea de volver a pasar por ese momento tan gacho. Me costó mucho trabajo. De hecho no fue ni siquiera decidir, porque yo no creo que se le pueda llamar decisión cuando tienes dos opciones, pero en una, te jodes, y en la otra, te jodes. En última instancia, a mí me aterraba tener un hijo y me aterraba un aborto.

Ante el terror de repetir la experiencia anterior, me aviento a tener un hijo. Yo sé que no era una solución. Además ya ahí sí sabía que lo que hiciera iba a ser mi responsabilidad y que el cuate ya no tenía que ver con el asunto.

Se lo planteo y me dice, desde luego: "Yo no quiero que tengas un hijo. Si tu lo quieres, respeto tu decisión, pero yo no estoy de acuerdo". Yo dije: "para lo que estuviste de acuerdo la otra vez, realmente tú y nadie/ pues me aviento el hijo".

La verdad es que todo el pinche embarazo --porque fue un pinche embarazo--, fue la angustia, la soledad, el dolor, la desolación, el miedo, el tener que estar haciendo algo que no quieres hacer, y el deterioro total de la relación. Que en última instancia, todavía las pocas cosas en las que la relación se establecía, dejaron de existir. Se convirtió en mi bronca, mi rollo.

Para mí primero está mi actividad política

Como a los cuatro meses de embarazo le planteé que para mí seguir o tronar ya era lo mismo. Le dije que ya sabía que no contaba con él ni para una cosa ni para la otra, entonces, que la determinación que había tomado me la iba a aventar sola. Le dije: "Nos divorciamos". Pero pues al cuate yo creo que le entraron complejos de culpa, los restos del cariño que había, decidimos seguirla hasta ver qué sucedía.

Como a los ocho meses de embarazo, entre toda la pinche desolación, el miedo, el encabronamiento, la duda, el horror, en fin, todo lo peor que te puedas imaginar, además de una bola de problemas físicos --que no eran más que el reflejo de todas las broncas emotivas que traía--, le dije que ya no entendía nada, que yo había hecho siempre todo lo que consideré mejor, y que todo paso dado se había encaminado exactamente para obtener lo contrario de lo que yo había querido. Esto se estaba convirtiendo en un matrimonio tradicional que a mí no me pasaba, en una relación de lo más jodida que puede haber, de incomunicación, de odio, en la que cada quien jalaba por su lado, con su rollo; y lo único que quería saber era por qué yo y el hijo que iba a tener siempre estábamos en segundo término entre las cosas que eran importantes para él.

El contestó: "Bueno, pues dentro de mi escala de valores, así es y no va a cambiar. Para mí primero está mi actividad política, mi actividad intelectual, y después están ustedes".

Put a, yo dije: esto es la locura. ¿Qué estoy haciendo?

Yo sí tengo toda la responsabilidad de mi hijo, y no me puedo dedicar a actividades políticas e intelectuales. No quiero ser después: quiero tener mi valor real. No digo que antes del movimiento obrero, ni cosas así. Pero mínimamente, no te puedes sustraer de una realidad cotidiana.

Y pues no. Dije: "esto no tiene sentido". A él le dije: "¿Pues sabes qué? Que nos divorciamos. Porque yo, ni madres. Esto no es relación ni es nada". El dijo no, no, no. "Vamos a esperar que nazca el niño y pues a ver cómo se ponen las cosas".

Yo ya sabía que el divorcio era inevitable, que no había otra salida y que de todos modos yo estaba sola. Le dije: "okey, doy tres meses de vida del niño para que las cosas cambien o a la chingada".

Y pues las cosas no cambiaron, seguían peor, cada vez peor, o sea: cada vez más incomunicación, más broncas, las broncas subían cada vez más de tono.

Exactamente el día que mi hijo cumplió tres meses, nos separamos.

C I N C O

Me hizo sentir totalmente mujer

Fue una relación con un chavo increíble. Me hizo sentir totalmente mujer, importante a todos los niveles. Me la pasé padrísimo, aprendí/ Tuve una relación con este cuate, durante seis meses. Ya, ya, así, haz de cuenta que encontraste a la persona indicada en todo lo que querías, para los dos. Además era la primera vez que conocía a una persona netamente sincera y me estaba valorando en todo y yo lo estaba valorando a él.

Y de repente me salió con la jalada de que vivía con una chava desde hacía cuatro años, que estaba tronando con la chava, así. Bueno; yo me sentí muy defraudada en cuanto a sinceridad. O sea: a mí me valía que viviera, pero el hecho es que por qué no te lo dicen. Se me hace una situación así, muy falsa, porque había partido de bases muy falsas y todo lo que se construyó arriba chance y era igual de falso o más.

Me defraudó tanto que no quise saber nada más de él, no lo volví a ver y, además, lo tético de todo esto fue que él me siguió buscando, pero más que nada por una vanidad masculina terriblemente herida. Y te debo aclarar que era un extranjero, un francocanadiense, liberado y etcétera. Entonces te das cuenta de que el machismo está totalmente arraigado incluso en personas a

las que aparentemente les valen muchas cosas.

Me decepcionó mucho el hecho de que un niño al que yo consideraba tan increíblemente centrado, me resultara un típico niño que ¡ay!, le daba miedo que la otra viniera a descubrirnos. Me decepcionó que viviera con la otra, que estuvieran tronando y que no fuera capaz de decirme qué era realmente lo que le importaba, de compartir eso.

Me buscó mucho porque sintió que conmigo podía, que con una chava como yo, podía. Y que después la niña le salga con que no, no me interesa, no me gusta, no funciona para mí, me has defraudado, ¿cómo? No, él no aceptaba eso.

En el momento del conflicto pues ya te imaginarás: el buuu por acá todo el día; yo chillaba como la loca. Además estaba sin mi familia, fíjate; y la dependencia familiar, terrible. O sea: yo no tenía mami y papi que me dijeran: "No te preocupes, no vale la pena, tú vales más que él", lo típico de cualquier papá. No, no, no; yo estaba solita, enfrentándome además a un chorro de cosas. Estaba viviendo en Canadá en un departamento sola, enfrentándome a un tipo de cultura diferente al mío, incluso a una serie de costumbres y hábitos que algunos no te gustan. Además, me enfrentaba al problema de la lengua, porque este cuate hablaba francés, yo español, él entendía como un cinco de inglés y yo como un veinte. Entonces nos entendíamos ¡jamás! Pero era muy divertido. Y sí, fue una crisis.

Los primeros días yo no quería salir, me valía el mundo, los ojos hinchados, quería regresar acá/

S E I S

Yo ya odiaba andar de gitanos

Me sentía muy bien porque tenía toda la libertad que quería.

Primero pusimos un departamento. Pero era un desmadre, fiestas todos los sábados. Nosotros queríamos una casa y era un reventón. Ahí duramos muy poco tiempo, aunque yo no me quería ir, pero no teníamos trabajo ninguno de los dos.

Entonces nos tuvimos que regresar a la casa de su mamá. Estuvimos como seis meses. Vida de reyes. La señora nos hacía el desayuno, éramos los consentidos, íbamos a la escuela, estudiábamos, teníamos la mesa servida, nos tirábamos a ver la televisión: fue la despreocupación total. Pero y ya me quería salir de ahí. Entonces llegó otro cuate a la casa y propuso que pudiéramos un departamento entre los tres.

Total que, después de un estira y afloja, nos fuimos. Fue una época bien padre porque vivíamos los tres juntos. Era la novedad en la escuela. Este amigo y yo teníamos trabajo y a mi chavo le pasaba su papá una cantidad al mes. Hasta que el amigo se tuvo que ir y ya no nos alcanzó para pagar la renta. Fuimos a dar a la casa del papá de mi chavo.

Pero yo ya odiaba andar de gitanes. Sobre todo cuando

sientes que estás estorbando. Necesitas un lugar que sientas que es tuyo, en el que puedas estar en silencio o hacer ruido. Ese fue el primer problema. Yo insistía en que nos pusiéramos a trabajar y nos independizáramos. Pero su papá le decía: "no te preocupes, yo te pago todo; tú estudia".

Por una parte, le estaba ayudando a que acabara su carrera, pero por otro lado, le estaba quitando una responsabilidad que tenía que ser suya, sobre todo si ya no estaba solo.

En Eros estuve como tres meses y aprendí mucho, pero me tuve que salir por problemas con mi jefe.

En la casa del papá de mi chavo había una recámara y un garage. Nosotros fuimos a dar al garage. Lo acondicionamos, pero por más que le hicimos seguía siendo un garage al que se colaba el viento y la lluvia, se nos empapaban los libros. Estábamos bien porque teníamos un lugar dónde estar. Ahí duramos otro tiempo, en el famoso garage.

Se me hace que algo pasó

Ahí empezó él a tener una actitud un poco rara. De por sí había sido siempre muy conflictivo, muy extraño, pero había cambiado muchísimo a partir de que entramos a la facultad. Antes él sabía cómo era yo y condescendía en una serie de cosas.

Yo era una niñita fresa, claro que iba cambiando poco a poco, pero él también, antes, pues accedía mucho más. Le empezó a entrar un poco la neurosis de la facultad, de que todo está

mal y no hay que ir a fiestas porque es una actitud pequeño burguesa, y yo estaba todavía en otra onda: pues sí, hay que cambiar, pero hay que hacer otras cosas: vivir. Yo quería viajar, irme a Cuernavaca el domingo.

El estudiaba muchísimo y yo me desesperaba muchísimo. Nos quedábamos, por ejemplo, el domingo en la cama hasta las doce y yo ya estaba que brincaba y quería irme al campo. Además, en su comportamiento diario, era mucho más hosco, se transformó bastante.

Las cosas empezaron a ir muy mal y yo no me acababa de dar cuenta por qué. Para mí todo iba muy bien, pero notaba que él estaba un poco raro.

Un día, un sábado, le dije: "Voy a ir con una amiga. ¿Me puedes ir a recoger en la tarde?" Me fui con ella, estuve platicando. Entonces se hizo tarde y no fue por mí. Se hizo noche y me fui al garage. El no llegó y al día siguiente tampoco. Esto de que no llegó, te lo digo muy fácil, pero pasé una noche tremenda. Estaba segura de que era un accidente.

Al día siguiente, fui con un amigo que vivía por ahí cerca. Le dije: "acompañame; se me hace que algo pasó". El me decía: "No, hombre, algo ha de haber pasado, pero no un accidente". "No, estoy segura, ¡vamos a la Cruz Roja!".

Entonces dije: "ahí nos vemos"

Hasta que al fin me dijo: "bueno, te voy a llevar pero por un camino muy especial". Pasamos por la casa de una chava y vi que

ahí estaba el carro de mi chavo.

Entonces ya me regresé. No entendía nada de lo que pasaba. Le dije a mi amigo: "No intervengas, no digas nada; esto me corresponde a mí". Sólo que él fue y les dijo que eran unos tales por cuales, que yo sufría, etcétera. Y ahí empezó el problema a enredarse, porque intervino una tercera persona. Y a partir de ahí, intervino medio mundo.

El llegó. Le dije: "Oye, si ya no estás seguro de lo que sientes, no hay problema y yo me voy". Pero yo pensando en que me iba a decir que no, que me quedara. Pero en lugar de detenerme, me dijo: "No, pues es que sí, no estoy seguro, estoy muy confuso". Entonces dije: "Ahí nos vemos".

Cogí mis chivitas y dije: ahora ¿qué hago? Fui a caerle a una amiga que apenas conocía: "déjame estar tres días". Regresé por mis cosas al garage. Te digo que esto te lo estoy contando muy fácil, pero fue una época bastante tremenda, mucho más que irme de mi casa. Estaba yo segura de que en poco tiempo él iba a reaccionar y a decirme, a hablar, algo. Pero en seis meses no hubo nada. Yo dije: vale gorro todo lo que he hecho, en fin, con una depresión muy fuerte. Pero pues tenía que hacer algo.

Como a los cinco días empecé a buscar trabajo. Ya con un ingreso, me cambié de la casa de mi amiga, porque conocí a una muchacha que también vivía sola y pusimos un departamento en Coyocán.

No regresé a la facultad.

CONCLUSIONES

Al principio de este trabajo cité a John Stuart Mill: "el conocimiento que el hombre ha podido adquirir de la mujer, aunque no se trate más que de lo que han sido o son hasta ahora, sin tener en cuenta lo que podrían ser, es, por desgracia, imperfecto y superficial, y siempre lo será, hasta que las mismas mujeres hayan dicho todo lo que tienen que decir" (pg. 9).

No sé hasta qué punto les interese a los hombres adquirir un conocimiento más profundo y perfecto a propósito de las mujeres. Tampoco pienso que las mujeres hayan dicho, hasta ahora, "todo lo que tienen que decir".

Lo que ha quedado bastante claro para mí, a través del desarrollo de esta tesis, es que las mujeres tienen un gran interés en conocerse a sí mismas y que, además, todavía les falta mucho por aprender tanto de ellas como de todo lo demás.

Otra cita del mismo autor: "si las mujeres tuvieran la libertad para hacer cualquier otra cosa, si se les dejara la posibilidad de otras formas de vivir o de ocupar su tiempo y sus facultades, tales que pudieran parecerles deseables, no habría muchas que estuvieran dispuestas a aceptar la condición que llaman natural" (pg. 11).

Cuando Mill propuso esto seguramente estaba pensando en una

época como la actual: ahora las mujeres acceden a diferentes formas de vida; tienen la libertad para elegir otros caminos a los destinados tradicionalmente a su sexo.

Las profesiones han sido invadidas: hay mujeres aviadoras, ingenieras, pilotos de pruebas, paracaidistas, mecánicas, conductoras de tráilers, en fin: todos los ámbitos varoniles han sido violados y existen muy pocas profesiones en el mundo de las cuales todavía se diga que son exclusivamente masculinas.

La apertura profesional ha permitido la independencia económica a muchas mujeres; el progreso de los métodos anticonceptivos ha reducido su represión sexual. Ahora una mujer que vive sola no es estigmatizada. Existen quienes han elegido la soltería libre, creativa, vital, en lugar de sujetarse al anquilosante status del matrimonio.

Sin embargo, aún ahora, este tipo de mujeres son la excepción. Aquéllas que han dejado atrás los prejuicios sociales representan una proporción mínima. Por lo general, las mujeres se casan, tienen hijos y renuncian a cualquier otra alternativa de vida. Incluso se recupera la idea de que el hogar y la crianza de los niños son actividades deseables.

En un país como México, la situación es explicable: la polaridad social es extrema y sólo una parte minoritaria de las mujeres disfruta de las condiciones económicas, sociales, culturales, etcétera, que harán posible modificar el rol impuesto. Sólo quienes estudian y tienen una profesión pueden elegir entre casarse o ser personas independientes.

Y de esas mujeres ¿a cuántas se puede contar? ¿Cuántas

cineastas, ingenieras, diseñadoras industriales, hay en México? Comparadas con el número de profesionistas hombres en estas ramas, la proporción debe ser ridícula.

Y de las mujeres que trabajan ¿cuántas van a abandonar su carrera para dejarse mantener por un marido dominador y prepotente, aceptando sumisas la inactividad y el aislamiento? (*).

O, desde otro enfoque: ¿cuánto tiempo puede aguantar una mujer con su trabajo profesional, la responsabilidad doméstica, el embarazo, el cuidado de niños chiquitos y la atención del estado conyugal, todo al mismo tiempo, dentro de la tensión de la vida urbana moderna?

Dentro de una sociedad como la actual, no puede plantearse que, para las mujeres, el matrimonio y el trabajo profesional sean compatibles.

La elección tiene que darse, entonces, entre la vida tradicional (maternidad, hogar) y un rompimiento de los moldes. Parecería que el visionario equivocó sus predicciones cuando sugirió que, si se les permitía, las mujeres iban a estar dispuestas a hacer cualquier otro trabajo que no fuera el de tener hijos y ser esposas.

Sin embargo, me inclino a pensar que, para las mujeres, todavía no se ha dado la oportunidad de elegir.

Si estamos de acuerdo en que la mujer no nace, sino se hace, no tenemos más remedio que aceptar que las características de la feminidad son completamente ajenas a cualquier tipo de vida

* Dentro de los matrimonios jóvenes, es frecuente que la esposa trabaje, pero sólo mientras se consigue cierta estabilidad económica, la cual es consolidada, en última instancia, por el marido.

que no sea el tradicional.

La educación de las niñas es un proceso que terminará por delinear por completo la personalidad de las mujeres. Si esa educación se basa en:

- la atrofia de las necesidades de libertad
- la vigilancia constante
- la dependencia y la incapacidad
- mitos y lugares comunes
- la inmovilidad
- la imposibilidad de cometer errores
- el infantilismo
- la ignorancia,

la personalidad que consolidará tendrá todas las características de la feminidad. Para las mujeres, pues, no hay opciones. Al menos, las opciones no pueden aceptarse de la manera como han sido planteadas.

El Movimiento de Liberación de la Mujer ha sido asimilado en diferentes direcciones.

La publicidad, por ejemplo, ha aprovechado el estereotipo de la mujer "liberada" para vender una gran cantidad de mercancía. La "liberada" es aquélla imagen de los comerciales que trabaja, maneja un automóvil, tiene una cuenta de cheques, se viste a la moda, en fin; representa una de las características de la sociedad de consumo: la mujer es la encargada socialmente de comprar. En última instancia la "liberada", según la publicidad comercial, es el ama de casa que ahorra tiempo en las labores domésticas pa-

ra aprovecharlo en embellecerse; la secretaria que puede comprarse ropa interior "atrevida", toallas sanitarias autoadheribles y desodorante íntimo; la empleada bancaria que gana lo suficiente como para comprar su ropa en una buena tienda; la muchacha de sociedad que maneja un deportivo y llega tarde a casa, después de una cena "elegante".

Otra posición ante el problema de la mujer, supone que la "liberación femenina" consiste en "darle vuelo a la hilacha y acostarse con todo el mundo".

Por otro lado, el común de la gente siente una profunda hostilidad contra las feministas, a quienes cataloga como feas, frustradas y frías, además de envidiosas de las bellas y triunfales novias, esposas felices y encantadoras madres.

Se desconoce, se prejuicia, se distorsiona. Hay mucha información, pero dispersa, incompleta, adulterada.

Entre todas las falacias que se han difundido a propósito del feminismo, la que más me preocupa en este momento es la idea de que la mujer, a partir de una serie de actos, puede lograr su "liberación". La idea de que la mujer se "libera"; modificando ciertas apariencias, determinadas actitudes, un poco de vocabulario, algunas costumbres, dos o tres prejuicios; y ya está: una "mujer liberada".

Nunca plantearía que las mujeres sean incapaces para aprender, razonar, llegar a un conocimiento más profundo de la realidad. Por el contrario: creo que un esfuerzo continuo y disciplinado es la única explicación que se puede dar al trabajo,

a las ideas, a la producción que han dado las mujeres.

Estoy ante la máquina de escribir. A menos de un metro de mí hay reunidos más de cincuenta volúmenes de ensayos escritos por mujeres (sobre la mujer). Durante los últimos tres años me he aficionado a la literatura femenina. Simplemente me sería complicadísimo reunir para contar los libros que he leído, pero estoy segura que son más de cien; y entre ellos se encuentran verdaderas obras maestras.

Además admiro en carne y hueso a muchas mujeres: escritoras, periodistas, investigadoras, maestras, estudiantes; conozco mujeres cuya inteligencia deslumbra; la capacidad de trabajo de otras me tiene sorprendida. La producción de algunas, sin lugar a dudas, va a resultar importantísima.

Cualquier librería tiene tantos libros escritos por mujeres --sobre temas que no alcanzaría-- que no creo tener dinero suficiente para adquirirlos ni tiempo bastante para leerlos.

Y no sé de ninguna entre tantas autoras y personas inteligentísimas, que diga o considere ser una "mujer liberada".

Después de ayudarme a realizar este trabajo, las compañeras a quienes entrevisté han seguido vivas (como era de esperarse); con algunas de ellas he establecido un estrecho contacto --nos hemos vuelto buenas amigas--. Ellas leyeron los borradores que he ido redactando; me han hecho sugerencias, comentarios, críticas. Y se dejan entrevistar por mí, en un plan informal y con frecuencia.

Del resto de mis entrevistadas tengo noticias a veces concretas, a veces vagas. A algunas me las encuentro en la facultad: amables saludos, platicamos un rato; todas se muestran interesadas en el desarrollo de la idea: "¿qué pasó, cómo va esa tesis? ¿Cuándo me la dejas leer?"

No sé qué pueda esperarse de una tesis profesional; no sé si esto les diga algo a quienes participaron con su voz y su historia conmigo.

Mis entrevistadas-lectoras y el asesor de mi tesis coincidieron en que este trabajo habría de plantear conclusiones.

Desde mi incapacidad para comprender el mundo, tengo dos o tres cosas más o menos claras, a partir de las cuales puedo llegar a formular algunas generalidades:

En primer lugar, la liberación de la mujer no puede considerarse una meta individual, sino un proceso histórico.

En segundo lugar, la liberación de la mujer no puede considerarse una meta femenina, sino una aspiración del conjunto de la sociedad, de la pareja humana, de los hombres y las mujeres.

En tercer lugar, la liberación femenina no puede contemplarse al margen de las características económicas, sociales y políticas de determinado sistema.

Pienso que a partir de la lectura de esto, tendría que llegarse a algunas conclusiones, como son:

Del capítulo primero, FORMACION:

1.- Vivimos una época de suma especialización, pero a nadie se le capacita para la más importante de las labores: la produc-

ción de mentes. Los padres y las madres son los más improvisados y empíricos de los productores. El futuro de un ser humano depende de sus primeros años de vida y éstos son confiados a una pareja completamente integrada a los métodos tradicionales, a las ideas comunes, sujeta a los moldes más estrictos de comportamiento y víctima de su propia educación.

El signo de la educación infantil es la represión y la violencia. Los niños no son considerados seres en formación sino entes molestos, ruidosos, a quienes hay que enseñar todo lo que no deben hacer mediante gritos, golpes y castigos.

Una madre, aunque no los podría explicar, tiene conceptos muy precisos acerca de lo que sus hijos deben y no ser. Estas ideas corresponden con bastante exactitud a toda una forma de ser: la que ella vivió y vive, aquella que la condujo a su posición actual: la de una mujer normal, común y corriente.

Pienso que la forma en que la mujer puede participar históricamente en el desarrollo de la sociedad es, primero, haciendo conciencia de su papel como educadora.

Sólo cuando a todos los niños se les brinden idénticas condiciones educativas, sin importar que sean varones o mujeres, podrá hablarse ya no de mujeres liberadas, sino de mujeres libres.

Cuando los niños no fuesen apartados, reprimidos, condicionados, distinguidos y amenazados con base en su naturaleza genética, podría empezarse a hablar de igualdad de condiciones.

Desde luego, la solución parece tan radical, extrema y descabellada como utópica. Tal vez pertenece todavía al dominio de la Ciencia Ficción; la educación por sexos depende "del sistema";

pero está, precisamente, en manos de las mujeres.

2.- Para poder establecer una comunicación más abierta entre padres e hijos, hace falta que los primeros estén más informados de lo que se ha acostumbrado hasta la fecha, en temas como sexo, sexualidad, erotismo, anatomía, etcétera.

3.- Las mujeres podrían ocupar su tiempo en actividades menos desgastantes y odiosas que las referidas específicamente al hogar, si se consiguiera socializar el trabajo doméstico.

Del capítulo segundo, METAMORFOSIS:

1.- Si no se toma como un paso (el primero) que tendrá que ser seguido por otros, cada vez más complicados, la facultad representa tan solo una forma de retrasar el desenlace inevitable de la vida de las mujeres, la prolongación de la primera etapa.

2.- Una necesidad fundamental de los estudiantes es una mayor libertad sexual: se interrumpirían menos carreras si hacer el amor no fuese un pecado.

Del capítulo tercero, DEL AMOR:

1.- La mujer se ve cercada entre dos alternativas que no son más que una: la dependencia económica (de su pareja o de la casa paterna).

2.- Los jóvenes tienen que conocer posibilidades de vida diferentes del matrimonio; si no tienen la oportunidad de experimentar la vida en común sin casarse, no pueden sino aceptar compro-

misos demasiado presionados socialmente.

Del último capítulo, LAS HISTORIAS DE AMOR:

- 1.- El tedio, el vacío de la vida en común que se ha convertido en un hábito inevitable, la relación de falta de comunicación, de falta de identificación, de falta de fines compartidos, convierte muchas veces a la mujer en una esquizofrénica total: para compensar la falta de interés en el desarrollo de la monotonía, tiene que vivir su propio melodrama. Entonces, cualquier falla, cualquier detalle se convierte en una afrenta, en un motivo para considerarse una mártir.
- 2.- La historia del romance trágico parece tener siempre víctimas y verdugos. La mujer tiene inclinaciones a adoptar el papel de víctima.
- 3.- El matrimonio es un choque de intereses puesto que implica la "liberación" de la mujer (que se despoja del yugo paterno) y la pérdida de libertades masculinas.
- 4.- De toda la energía perdida en pleitos, reconciliaciones, divorcios, llantos y lamentos, podrían aprovecharse cantidades inimaginables en trabajo productivo.

En cuanto a dar una respuesta, es complicadísimo para alguien que no tiene respuestas para su propia vida.

PROGRAMA UNIVERSITARIO DE
ESTUDIOS DE GÉNERO - U.N.A.M.

BIBLIOGRAFIA

- Acevedo, Martha: Ni diosa ni martir... (citas), La mujer de hoy en la lucha por su liberación, Ed. Extemporáneos, México, 1971, Colección: Los muros tienen la palabra.
- Aranda, C.E.; Arreola, T., y otros: La mujer: explotación, lucha, liberación, Ed. Nuestro Tiempo, México, 1976, Colección: Temas de Actualidad.
- Beauvoir, Simone: El segundo sexo, Ed. Siglo Veinte, Buenos Aires, 1975, trad. Pablo Palant.
- Bonaparte, Marie: La sexualidad de la mujer, Ed. Península, Barcelona, 1972, Ediciones de Bolsillo, trad. Jaume Melendres.
- Castellanos, Rosario: El eterno femenino, Fondo de Cultura Económica, México, 1975, colección popular.
- Castilla del Pino, Carlos: Cuatro ensayos sobre la mujer, Alianza Editorial, Madrid, 1975, El libro de bolsillo.
- Connell, N: Rape, the first sourcebook for women, New American Library, New York, 1974.
- Engels, F.: El origen de la familia, la propiedad privada y el estado, Ed. Progreso, Moscú, 1970.
- Falcon, Lidia: Mujer y sociedad, Ed. Fontanella, Barcelona, 1973, Ediciones de Bolsillo.
- Figes, Eva: Actitudes patriarcales: las mujeres en la sociedad, Alianza Editorial, Madrid, 1972, trad. Carmen Martín G.
- Friedan, Betty: La mística de la feminidad, Ed. Sagitario, S.A., Barcelona, 1965, trad. Carlos R. Dampierre.
- Greer, Germaine: El eunuco femenino, Ed. Azteca, S.A., México, 1972, trad. Leonor Tejada.
- Halimi, Gisèle: La causa de las mujeres, Ed. Era, México, 1976, Serie popular, trad. Josefina Rubio.

- Janeway, Elizabeth: El lugar de la mujer en el mundo del hombre, Ed. Extemporáneos, México, 1973, colección El viento cambia, trad. Sergio R. Madero.
- Kolontay, Alejandra: La mujer nueva y la moral sexual, Juan Pablos, editor, México, 1972.
- Lonzi, Carla: Escupamos sobre Hegel y otros escritos sobre liberación femenina, Ed. La Pleiade, Buenos Aires, 1975, trad. Julio Villarroel.
- Mattelart, Michèle: La cultura de la opresión femenina, Ed. Era, México, 1977, Serie popular.
- Mead, Margaret: Sexo y Temperamento, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1972, trad. Inés Malinow.
- Mill, John Stuart y Harriet Taylor Mill: Ensayos sobre la igualdad sexual, Ed. Península, Barcelona, 1973, Ediciones de Bolsillo, trad. Pere Casanelles.
- Millet, Kate: Política sexual, Ed. Aguilar, México, 1975, trad. Ana María Bravo García.
- Montagu, Ashley: La mujer, sexo fuerte, Ed. Guadarrama, Madrid, 1973, colección: Punto Omega, trad. Lola Aguado.
- Muraro, Rose-Marie: La liberación sexual de la mujer, Ed. A.T.E., Barcelona, 1975, trad. Atilio Pentimalli.
- Randall, Margaret: Las mujeres, Ed. Siglo XXI, México, 1973, colección mínima, trad. Alejandro Licona Galdi.
- Reed, Evelyn: Problemas de la liberación de la mujer, Ed. Pluma, Buenos Aires, 1974, colección: Documentos Contemporáneos, trad. Daniel Zadunaisky.
- Reich, Wilhelm: La psicología de masas del fascismo, Ed. Roca, México, 1973, colección R, trad. Raimundo Martínez.
- Reich, Wilhelm: La lucha sexual de los jóvenes, Ed. Roca, México, 1974, colección R, trad. Amado Ruiz.
- Sherfey, Mary Jane: Naturaleza y evolución de la sexualidad femenina, Barral Eds., Barcelona, 1974, trad. Gerardo Espinosa.
- Woolf, Virginia: Una habitación propia, Ed. Seix Barral, Barcelona, 1967, Biblioteca breve, trad. Laura Pujol.
- Woolf, Virginia: Three Guineas, Harbinger, New York, 1966.

REVISTAS

FEM, publicación feminista trimestral, números 1, 2, 3, 4, 5 y 6, 1977 y 1978, Ed. Nueva Cultura Feminista, S.C.; dirección: Alaíde Foppa y Margarita García Flores.

TEXTOS, número 13-14: La gotera en el cráneo, Departamento de Bellas Artes del gobierno de Jalisco, Guadalajara, 1977.

ESTADISTICAS

Departamento de Estadística de la UNAM: Anuario Estadístico de la UNAM 1977, UNAM, México, 1978.

*PROGRAMA UNIVERSITARIO DE
ESTUDIOS DE GENERO" - U.N.A.M.